La casa siempre elige

Alguien tiene que quedarse.

JMMPEDRÓS

LA CASA SIEMPRE ELIGE

Autor: JMMPEDRÓS. ®2026

Edición y maquetación propia

Todos los derechos reservados.

Esta obra está protegida por las leyes de Copyright y tratados internacionales.

Licencia: Creative Commons Atribución–NoComercial 4.0 Internacional (CC BY-NC 4.0).
Esta obra puede compartirse, copiarse y adaptarse para fines **no comerciales**, siempre que se reconozca adecuadamente la autoría.
Autor: JMMPEDRÓS
Para usos comerciales, traducciones editoriales o cualquier otra explotación con ánimo de lucro, es necesario el consentimiento expreso del autor.
Licencia completa:
https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/

ADVERTENCIA AL LECTOR

Las historias que componen esta colección están dirigidas a un público adulto. En ellas se abordan, con frecuencia y sin concesiones, temas incómodos, oscuros y profundamente humanos que pueden resultar perturbadores para algunas sensibilidades.

No son relatos amables ni buscan endulzar la realidad. Contienen situaciones inquietantes, violencia psicológica, crudeza emocional y un humor negro que no siempre deja buen sabor de boca. Por ello, se recomienda su lectura a personas de mente abierta, con criterio propio y con el estómago lo suficientemente fuerte como para adentrarse en narraciones que no rehúyen lo desagradable.

Si decide continuar, hágalo sabiendo que lo que encontrará en estas páginas no pretende tranquilizar, sino remover

SINOPSIS

Intentaron huir.
Intentaron romper la maldición.
Pero el mal no vive en la casa.
Vive en quien logra salir de ella.
Y nunca viaja solo.

CAPÍTULO 01
LA CASA JUNTO AL LAGO

El coche avanzaba despacio por la carretera estrecha que se abría paso entre los pinos. A ambos lados, el bosque se cerraba como un muro oscuro y silencioso, y la luz de la mañana apenas conseguía atravesar las copas altas y densas. El aire parecía más frío allí dentro, más espeso, como si llevara demasiado tiempo sin moverse. Cuando por fin apareció el lago entre los árboles, la superficie del agua estaba completamente inmóvil, lisa como un espejo opaco que no reflejaba el cielo, sino algo más profundo y antiguo.

Daniel fue el primero en verla.

—Ahí está —dijo en voz baja, como si temiera romper algo.

Clara se inclinó un poco hacia delante desde el asiento del copiloto, intentando distinguir la casa entre la vegetación. Y entonces apareció: una construcción de madera oscura, amplia y solitaria, levantada a unos metros de la orilla. Tenía un porche que rodeaba parte de la fachada, una chimenea de piedra y grandes ventanales que miraban directamente al lago. No se veía ninguna otra vivienda cerca. Ni un camino, ni un poste de luz, ni señal alguna de vecinos.

Clara sonrió, pero fue una sonrisa pequeña, casi prudente.

Llevaban apenas tres semanas casados. Tres semanas desde que habían firmado los papeles, celebrado la boda en una ceremonia sencilla y decidido empezar de cero. La casa junto al lago había sido una oportunidad inesperada: demasiado grande, demasiado barata y demasiado apartada para lo que se suponía que valía. Daniel lo había considerado una suerte. Clara, en cambio, no había sabido muy bien cómo explicarlo, pero algo en aquel lugar le había provocado un leve escalofrío desde el primer momento en que vio las fotos.

El motor se apagó y el silencio cayó sobre ellos de forma inmediata. Un silencio profundo, sin tráfico lejano, sin voces, sin siquiera el canto de los pájaros. Solo el leve murmullo del agua golpeando la orilla.

—Es perfecta —dijo Daniel, saliendo del coche y estirándose.

Era alto, de hombros anchos, con ese entusiasmo tranquilo de quien cree haber tomado la decisión correcta. Había insistido en que aquel sería el sitio ideal para empezar su nueva vida: lejos del ruido, del estrés, del trabajo que le había consumido durante años. Quería escribir, quería descansar, quería construir algo propio.

Clara también salió del coche, abrazándose instintivamente los brazos. No hacía tanto frío, pero lo sentía en la piel. Tenía el cabello oscuro recogido en una coleta y los ojos atentos, observándolo todo con cuidado. A diferencia de Daniel, ella siempre había tenido una intuición aguda para los lugares. Y aquel sitio… aquel sitio parecía observarla a ella.

La madera del porche crujió bajo sus pasos mientras se acercaban a la puerta principal. Daniel sacó la llave del bolsillo con una sonrisa infantil, casi orgullosa, como si estuviera abriendo un regalo.

—Nuestro hogar —murmuró.

La cerradura giró con un chasquido seco.

Al abrir la puerta, un olor frío y cerrado salió a recibirlos. No era exactamente humedad. Tampoco polvo. Era algo más antiguo, más profundo, como si la casa hubiera estado guardando el aire durante años.

Entraron.

El interior era amplio, con techos altos y vigas oscuras. La luz se filtraba por los ventanales, cayendo en franjas pálidas sobre el suelo de madera. Todo estaba vacío, pero no parecía abandonado. Más bien parecía… detenido.

Clara avanzó unos pasos, mirando a su alrededor. La casa tenía una presencia difícil de explicar. No era solo el tamaño, ni el silencio. Era la sensación de que algo había pasado allí y aún no se había ido del todo.

—¿Qué te parece? —preguntó Daniel, dejando las llaves sobre una repisa.

Clara tardó en responder.

—Es bonita —dijo al fin—. Muy bonita.

Pero mientras lo decía, algo llamó su atención.

Al fondo del salón, en una de las paredes, había una marca. No era grande. Parecía un rasguño, o una señal hecha con algo afilado. Tres líneas verticales, muy juntas, grabadas en la madera.

Clara se acercó un poco más.

Y en ese mismo instante, en el piso de arriba, se oyó un golpe seco.

Los dos se quedaron inmóviles.

Daniel levantó la vista hacia el techo.

—¿Has oído eso?

Clara asintió, sin apartar la mirada de la escalera que subía hacia la planta superior.

La casa estaba completamente vacía.

O al menos, eso era lo que les habían asegurado.

El sonido volvió a repetirse, esta vez más claro. Un golpe breve, como si algo pesado hubiera sido arrastrado unos centímetros y luego dejado caer con cuidado. Clara y Daniel se miraron sin decir nada. Durante unos segundos, ninguno se movió. La casa, que un instante antes parecía solo silenciosa, ahora daba la sensación de estar escuchando con ellos.

—Será alguna contraventana suelta… o una rama —dijo Daniel, aunque su voz había perdido parte de la seguridad de antes.

Clara no respondió. Tenía la mirada fija en la escalera. El golpe había venido de arriba, de eso no tenía ninguna duda.

Daniel forzó una media sonrisa, intentando restarle importancia.

—Voy a echar un vistazo.

Subió el primer escalón, que crujió bajo su peso. Luego otro. Y otro. Cada paso parecía sonar más de lo normal, como si el silencio amplificara el menor movimiento. Clara se quedó abajo, observando cómo desaparecía poco a poco en la penumbra del piso superior.

Al llegar arriba, Daniel se detuvo. Un pasillo largo se abría frente a él, con varias puertas cerradas a ambos lados. Una de ellas estaba entornada. Desde allí parecía venir una luz tenue, amarillenta, como de una lámpara antigua.

Frunció el ceño.

La casa no tenía electricidad, o eso le habían dicho. De hecho, la inmobiliaria les había advertido que tardarían unos días en reactivar el suministro.

—¿Hola? —llamó, con un tono prudente.

No hubo respuesta.

Dio un paso más, empujando suavemente la puerta entreabierta con la punta de los dedos.

La habitación estaba amueblada.

Una cama estrecha junto a la pared. Una cómoda de madera oscura. Una mecedora junto a la ventana. Y, sentada en ella, balanceándose muy despacio, había una anciana.

Daniel se quedó paralizado.

La mujer era extremadamente delgada, con la piel pálida y arrugada, como papel antiguo. Tenía el cabello completamente blanco, recogido en un moño bajo, y vestía un traje oscuro pasado de moda. Sus manos, huesudas y temblorosas, descansaban sobre el regazo.

Se balanceaba con un movimiento suave, casi hipnótico.

La lámpara que iluminaba la habitación estaba encendida sobre una mesita, proyectando sombras largas que se estiraban por las paredes.

La anciana levantó la cabeza muy despacio.

Y sonrió.

—Ya era hora de que llegarais —dijo con una voz sorprendentemente clara.

Daniel tardó unos segundos en reaccionar.

—Perdone… nosotros… esta casa… —balbuceó, sin saber muy bien qué decir.

La mujer dejó de balancearse. Sus ojos, de un gris muy claro, parecían observarlo con una familiaridad inquietante.

—Lo sé, hijo. Es vuestra ahora.

Daniel tragó saliva.

—Nos dijeron que estaba vacía.

La anciana soltó una pequeña risa, casi un suspiro.

—Vacía… sí. Eso dicen siempre.

Se levantó con una lentitud cuidadosa, apoyándose en los brazos de la mecedora. Era más baja de lo que parecía sentada. Caminó hacia él con pasos cortos pero firmes.

Cuando pasó a su lado, Daniel notó algo extraño: no olía a nada. Ni a perfume, ni a ropa vieja, ni siquiera a humedad. Era como si no desprendiera ningún rastro de presencia.

—No os asustéis —añadió mientras salía al pasillo—. Solo he venido a daros la bienvenida.

Clara estaba al pie de la escalera cuando la vio aparecer detrás de Daniel.

La anciana bajó despacio, agarrándose a la barandilla. Cada escalón crujía bajo su peso, pero de un modo distinto, más suave, como si la madera se doblara sin atreverse a protestar.

Al llegar abajo, se detuvo frente a Clara.

La miró durante unos segundos, de arriba abajo, con una expresión difícil de descifrar. No era exactamente hostil. Tampoco amable.

—La casa os estaba esperando —dijo al fin.

Clara sintió un escalofrío recorrerle la espalda.

—¿Usted vive aquí? —preguntó con cautela.

La anciana negó muy despacio.

—Yo ya no vivo en ninguna parte.

El silencio que siguió fue denso, incómodo.

Daniel carraspeó.

—¿Cómo ha entrado?

La mujer giró la cabeza hacia la puerta principal, que seguía cerrada.

—Nunca me he ido.

La frase quedó flotando en el aire.

Clara notó que el interior de la casa parecía más frío que antes. Mucho más frío.

La anciana dio un paso atrás y volvió a sonreír, una sonrisa que no llegaba del todo a los ojos.

—Habéis elegido un buen lugar para empezar de nuevo. El lago cuida de quienes se quedan.

—¿Se quedan? —repitió Clara, sin poder evitarlo.

La mujer la miró fijamente.

—Sí… de quienes se quedan.

Entonces, sin hacer ruido, se dirigió hacia la puerta de la cocina. La abrió y desapareció al otro lado.

Daniel y Clara se miraron. Pasaron unos segundos antes de que él reaccionara y caminara rápidamente hacia la cocina.

Empujó la puerta.

La estancia estaba completamente vacía.

No había otra salida. Ni puerta trasera. Ni ventanas abiertas.

Solo el silencio. Y el olor frío y antiguo de la casa.

Y, sobre la mesa, donde antes no había nada, había ahora un pequeño objeto.

Una llave vieja, oxidada, con una etiqueta atada por un hilo.

En la etiqueta, escrito con una letra temblorosa, se leía:

“Para cuando queráis marcharos.”

Clara fue la primera en reaccionar. Se acercó a la mesa muy despacio, como si temiera que la llave pudiera moverse por sí sola. Daniel permanecía en el umbral de la cocina, aún mirando a su alrededor, intentando encontrar una explicación lógica a lo que acababa de pasar. No había otra salida. Ni una puerta

trasera, ni una ventana abierta, ni el más mínimo ruido que indicara que la anciana se hubiera marchado realmente.

La llave era antigua, pesada, de hierro ennegrecido por el tiempo. Clara la sostuvo unos segundos en la palma de la mano. Estaba fría, demasiado fría, como si hubiera estado sumergida en agua helada.

—¿La has oído bajar? —preguntó Daniel en voz baja.

Clara negó despacio.

—No.

El silencio volvió a llenar la casa, un silencio distinto al de antes. Más denso. Más atento.

Daniel tomó la llave y le dio la vuelta. La etiqueta colgaba de un hilo gastado. La letra, irregular y temblorosa, parecía escrita por alguien muy mayor… o por alguien que ya no tenía demasiada fuerza en la mano.

“Para cuando queráis marcharos.”

Clara sintió un nudo en el estómago.

—¿Marcharnos de dónde? —murmuró.

Ninguno de los dos contestó.

Durante las horas siguientes se dedicaron a abrir ventanas, a dejar entrar la luz, a recorrer las habitaciones intentando apropiarse del espacio. La casa era más grande de lo que parecía desde fuera. Tenía tres dormitorios en la planta superior, un baño antiguo con una bañera de patas, y al fondo del pasillo, una puerta estrecha que daba acceso a una pequeña habitación sin ventanas.

Dentro solo había una silla y una estantería vacía.

Pero lo que más les inquietó fue el sótano.

La puerta estaba en la cocina, casi oculta tras un panel de madera oscura. Daniel la descubrió por casualidad al apoyar la mano en la pared. La madera cedió ligeramente, revelando una pequeña anilla metálica.

Al tirar de ella, el panel se abrió con un gemido largo y profundo.

Un olor húmedo y antiguo salió desde abajo.

Una escalera de piedra descendía hacia la oscuridad.

—Luego —dijo Clara rápidamente, sin necesidad de mirar—. Bajamos luego.

Daniel asintió. A él tampoco le apetecía hacerlo en ese momento.

Al atardecer, decidieron dar un paseo por los alrededores. El lago, visto de cerca, era aún más inquietante. No había olas. No había peces saltando. El agua parecía quieta, espesa, como si tuviera peso.

A unos cientos de metros, entre los árboles, vieron una casa pequeña de madera. Del porche colgaba una campana oxidada. Clara dudó un momento, pero Daniel ya caminaba hacia allí.

Un hombre mayor salió a su encuentro antes de que pudieran llamar. Era bajo, encorvado, con la piel curtida y los ojos pequeños y desconfiados.

—Sois los nuevos —dijo, sin preguntar.

Daniel asintió, intentando sonar cordial.

—Sí. Hemos llegado esta mañana.

El hombre miró por encima de sus hombros, en dirección a la casa junto al lago, como si pudiera verla desde allí.

—Pensé que ya no la venderían más.

Clara intercambió una mirada con Daniel.

—¿Por qué dice eso?

El hombre dudó un momento. Luego escupió hacia un lado y bajó la voz.

—Porque esa casa tiene historia.

Ninguno de los dos habló. El viento empezó a moverse entre los árboles, arrastrando un murmullo seco de hojas.

—Vivía allí una mujer hace muchos años —continuó—. Sola. Siempre sola. Decían que su marido se había ahogado en el lago. Una noche de tormenta. Nunca encontraron el cuerpo.

Clara sintió un escalofrío.

—¿La anciana? —preguntó casi sin darse cuenta.

El hombre levantó la cabeza bruscamente.

—¿Qué anciana?

Daniel respondió con naturalidad.

—Una mujer mayor. Muy delgada. Nos ha recibido esta mañana.

El silencio que siguió fue largo.

El hombre los observó con una expresión que ya no era de desconfianza, sino de algo más cercano al miedo.

—No puede ser.

Clara tragó saliva.

—Estaba dentro de la casa.

El hombre negó lentamente.

—Esa mujer murió hace más de treinta años.

El sonido del viento pareció apagarse de golpe.

—Vivió allí hasta el final. Dicen que perdió la cabeza después de que su marido desapareciera. Que hablaba sola. Que pasaba las noches mirando el lago. Y que, poco a poco, dejó de salir.

El hombre señaló hacia el agua.

—Una mañana, unos pescadores encontraron la puerta de la casa abierta de par en par. La casa estaba vacía. Pero en el sótano…
Se interrumpió.

Daniel dio un paso hacia él.

—¿En el sótano qué?

El hombre los miró a los dos, uno por uno.

—Encontraron marcas en las paredes. Como si alguien hubiera intentado salir desde dentro.

Clara sintió el mismo frío que cuando había tocado la llave.

—¿Y la mujer?

El hombre tardó en responder.

—La encontraron sentada en una silla. Seca. Como si llevara allí años.

El sol empezaba a caer y el lago, a lo lejos, parecía aún más oscuro.

—Desde entonces —añadió el hombre en voz baja—, nadie ha conseguido quedarse mucho tiempo en esa casa.

Daniel intentó sonreír, restándole importancia.

—Bueno… nosotros acabamos de llegar.

El hombre no devolvió la sonrisa.

—Sí —dijo—. Todos dicen lo mismo al principio.

Cuando regresaron, la casa estaba en silencio. La luz del atardecer entraba por los ventanales, tiñendo el interior de un tono rojizo.

Clara dejó las llaves sobre la mesa.

Y entonces se dio cuenta de algo.

La mecedora que Daniel había visto en el piso de arriba estaba ahora en el salón.

Junto a la ventana.
Balanceándose muy despacio.
Sin que nadie la tocara.

El vaivén de la mecedora se detuvo poco a poco hasta quedar completamente inmóvil. Ninguno de los dos se atrevió a acercarse. Clara sentía el corazón latiéndole con fuerza en el pecho, y Daniel, aunque intentaba mantener la calma, tenía la mandíbula tensa y los hombros rígidos.

—La habrás movido tú sin darte cuenta —dijo él al fin, con una voz que buscaba sonar firme.

Clara negó muy despacio.

—No he subido arriba desde que nos fuimos.

Daniel no respondió. Sabía que ella decía la verdad.

Durante unos segundos se quedaron allí, en medio del salón, sin saber muy bien qué hacer. La casa parecía observarlos desde cada rincón, como si esperara algo. Afuera, el lago comenzaba a oscurecerse y el bosque se volvía una masa negra y compacta.

Clara suspiró.

—Tenemos que dormir. Mañana lo veremos todo con otros ojos.

Daniel asintió. El cansancio empezaba a pesar más que el miedo. El viaje, la tensión, la conversación con el vecino, la aparición de la anciana… todo se mezclaba en una sensación densa que les pedía descanso.

Subieron al piso de arriba con una linterna, eligiendo la habitación más cercana a la escalera. Era la menos polvorienta, con una cama grande cubierta por una sábana grisácea y una cómoda vacía contra la pared. Abrieron las ventanas para que entrara aire y pasaron un buen rato limpiando lo imprescindible: sacudieron el colchón, retiraron telarañas de las esquinas y barrieron el suelo con una escoba que encontraron en el pasillo.

Trabajaban en silencio, moviéndose cerca el uno del otro, como si la simple proximidad les diera seguridad.

Poco a poco, la habitación empezó a parecer habitable.

Clara extendió una de las mantas que habían traído y se sentó en el borde de la cama, agotada. Daniel dejó la linterna sobre la mesilla. La luz amarillenta dibujaba sombras suaves en las paredes, haciendo que el cuarto pareciera más pequeño y acogedor de lo que realmente era.

—Mañana limpiaremos el resto —dijo él, intentando sonar optimista—. Y bajaremos al sótano, a ver qué hay de verdad ahí abajo.

Clara lo miró.

—Mañana —repitió.

Se quitaron los zapatos, se metieron bajo las mantas y durante unos minutos permanecieron en silencio, escuchando. La casa crujía de vez en cuando, como todas las casas antiguas. El viento empezaba a moverse fuera, rozando las ramas contra las paredes. Nada fuera de lo normal.

Nada que no pudiera explicarse.

Daniel alargó la mano y tomó la de Clara.

—Todo está bien —murmuró.

Ella apretó sus dedos.

—Sí… solo ha sido un día largo.

Apagaron la linterna.

La oscuridad lo cubrió todo de golpe.

Al principio, Clara tardó en dormirse. Tenía los ojos abiertos, mirando el techo apenas visible en la penumbra. Escuchaba la respiración tranquila de Daniel a su lado y el leve sonido del bosque moviéndose más allá de las ventanas.

Entonces lo oyó.

Un crujido en el pasillo.

Muy suave.

Como si alguien caminara despacio, arrastrando los pies.

Clara contuvo la respiración.

Otro paso.
Y otro.

Se incorporó apenas unos centímetros, intentando no despertar a Daniel. El sonido se detuvo justo al otro lado de la puerta de la habitación.

El silencio se volvió absoluto.

Pasaron unos segundos.

Tal vez un minuto.

Y entonces, muy despacio, el pomo de la puerta empezó a girar.

CAPÍTULO 2
LO QUE LA CASA RECUERDA

La mañana llegó con una luz gris y fría que se filtraba por las ventanas como si dudara en entrar. Clara fue la primera en abrir los ojos. Durante unos segundos permaneció inmóvil, sin saber muy bien dónde estaba. Luego recordó el sonido del pomo girando en mitad de la noche… y se incorporó de golpe.

La puerta seguía cerrada.

Daniel dormía profundamente a su lado, respirando con tranquilidad, ajeno a todo. Clara miró el pomo. No estaba completamente recto. Parecía ligeramente torcido, como si alguien lo hubiera forzado con cuidado.

No dijo nada.

Cuando Daniel despertó, la luz del día ya iluminaba la habitación. Por primera vez desde que llegaron, la casa parecía casi normal. Incluso el lago, visible desde la ventana, tenía un brillo suave y sereno bajo el cielo nublado.

—¿Has dormido algo? —preguntó él, desperezándose.

Clara dudó un instante.

—Sí… más o menos.

No quiso contarle lo del pomo. No aún.

Bajaron al salón. El aire estaba frío, pero ya no tenía aquel olor cerrado de la tarde anterior. Daniel abrió todas las ventanas para que entrara el aire del bosque. Durante unos minutos, el sonido del viento y de las hojas moviéndose hizo que todo pareciera más real, más habitable.

Hasta que Clara se quedó inmóvil.

—Daniel…

Él se giró desde la cocina.

—¿Qué pasa?

Ella señaló la mesa del salón.

La llave.

La llave que habían dejado en la cocina la noche anterior estaba ahora en el centro de la mesa del salón. Colocada con cuidado, perfectamente alineada con el borde, como si alguien se hubiera tomado la molestia de dejarla allí para que no pasara desapercibida.

Daniel frunció el ceño.

—¿La has traído tú?

Clara negó, sintiendo cómo el estómago se le encogía.

—No la he tocado.

Daniel la cogió. Seguía igual de fría.

—Seguro que la dejé aquí sin darme cuenta.

Pero su voz ya no sonaba convencida.

Intentaron seguir con la rutina. Desayunaron lo poco que habían traído, hablaron de ir al pueblo más cercano a comprar provisiones y de empezar a limpiar el resto de la casa. Hacer planes les ayudaba a no pensar demasiado.

Hasta que ocurrió lo siguiente.

Clara estaba en la cocina, colocando unos platos en la encimera, cuando oyó un golpe seco detrás de ella. Se giró de inmediato.

Un vaso estaba en el suelo, rodando lentamente.

Se había caído de la mesa.

Pero Clara sabía que lo había dejado en el centro, lejos del borde.

Lo recogió con cuidado. No se había roto.

En ese mismo momento, desde el piso de arriba, se oyó un arrastre. Como si movieran un mueble pesado.

—¿Daniel? —llamó.

No hubo respuesta.

Subió las escaleras despacio, con el corazón latiéndole con fuerza. Al llegar al pasillo, lo vio.

La silla de la pequeña habitación sin ventanas estaba ahora en medio del corredor.

La noche anterior estaba dentro, pegada a la pared.

—¿Has subido? —preguntó Daniel desde abajo, al oír sus pasos.

—No… —respondió ella, casi sin voz.

Daniel subió rápidamente y se detuvo al verla mirando la silla.

—Yo no la he movido.

Ambos se quedaron allí, en silencio.

La casa crujió.

Luego, un golpe seco sonó desde la cocina.

Bajaron casi corriendo.

Uno de los armarios estaba abierto de par en par.

Y los platos que Clara había colocado minutos antes estaban ahora sobre la mesa. Todos. Colocados en fila, como si alguien los hubiera preparado para una comida que aún no había empezado.

Clara sintió el frío recorrerle la espalda.

—Esto no es normal —susurró.

Daniel no respondió. Observaba los platos con el ceño fruncido, intentando encontrar una explicación que no llegaba.

Y entonces lo oyeron.

Un susurro.

Muy suave.

Venía del pasillo que llevaba al salón.

Una voz apagada, arrastrada, casi como un aliento.

—No… os… vayáis…

Clara agarró el brazo de Daniel con fuerza.

—¿Lo has oído?

Él asintió lentamente.

El susurro volvió a repetirse, apenas audible.

—No… os… vayáis…

Esta vez, procedía claramente del salón.

Avanzaron con cautela.

La mecedora estaba otra vez junto a la ventana.

Balanceándose.

Y sobre ella, cuidadosamente doblado, había un chal negro antiguo que ninguno de los dos había visto antes.

Daniel fue el primero en acercarse a la mecedora. El chal negro estaba doblado con un cuidado casi ceremonioso, como si alguien lo hubiera colocado allí con intención de que lo vieran. No parecía viejo ni polvoriento. Al contrario, la tela estaba limpia, pesada, y desprendía un leve olor a humedad y a algo más… algo amargo, difícil de identificar.

Clara no quería tocarlo.

—Es suyo —dijo en voz baja.

Daniel no necesitó preguntar a quién se refería.

La mecedora seguía balanceándose muy despacio, con un ritmo constante, casi tranquilo, como si alguien acabara de levantarse de ella unos segundos antes.

—Esto no puede seguir así —murmuró él, pasando la mano por el respaldo sin llegar a sentarse—. Vamos a ir al pueblo. A preguntar. Alguien tiene que saber algo más.

Clara asintió enseguida. Por primera vez desde que habían llegado, sentía la necesidad urgente de salir de la casa.

El camino hacia el pueblo era más largo de lo que parecía. La carretera serpenteaba entre el bosque durante varios kilómetros antes de abrirse a una pequeña zona de casas dispersas, un bar, una tienda y una gasolinera solitaria. Era un lugar tranquilo, demasiado tranquilo. La clase de sitio donde todo el mundo se conoce y cualquier rostro nuevo llama la atención.

En cuanto entraron en el bar, las conversaciones se apagaron durante unos segundos.

Un hombre mayor detrás de la barra los miró con expresión cansada.

—Sois los de la casa del lago —dijo, sin necesidad de que se presentaran.

Daniel asintió.

—Queríamos preguntar por la mujer que vivía allí. La anciana.

El hombre dejó el vaso que estaba secando y se apoyó con ambas manos en la barra.

—¿La habéis visto?

Clara tragó saliva.

—Sí.

El silencio que siguió fue incómodo. Un par de clientes intercambiaron miradas y bajaron la vista hacia sus tazas.

El hombre suspiró despacio.

—No deberíais haber ido a esa casa.

—Nos dijeron que murió hace años —insistió Daniel—. Pero estaba allí. Habló con nosotros.

El camarero se quedó mirándolo fijamente.

—Esa mujer no se fue nunca del todo —dijo al fin.

Uno de los hombres sentados al fondo se levantó y se acercó despacio. Era aún más mayor, con la espalda encorvada y las manos temblorosas.

—No era una mujer normal —añadió, casi en un susurro—. La gente del pueblo dejó de acercarse a ella mucho antes de que muriera.

Clara sintió cómo la piel de los brazos se le erizaba.

—¿Por qué?

El anciano dudó un instante, como si estuviera decidiendo si debía seguir hablando.

—Porque hacía cosas raras. Salía al bosque por las noches. Encendía velas junto al lago. Hablaba sola… o con algo que nadie más veía.

El camarero asintió lentamente.

—Decían que sabía cosas. Que podía verlas antes de que pasaran. Y que, cuando alguien la contrariaba, las cosas empezaban a ir mal.

Daniel frunció el ceño.

—¿Está diciendo que era…?

El hombre terminó la frase por él.

—Una bruja.

Nadie en el bar se rió.

—Se llamaba Aurelia —continuó el anciano—. Vivía allí desde joven. Su familia ya estaba en esa casa antes que ella. Gente rara. Siempre apartados. Siempre mirando el lago como si esperaran algo.

Clara sintió un nudo en el estómago.

—Nos dio la bienvenida. Dijo que la casa nos estaba esperando.

El anciano cerró los ojos un instante.

—Claro que os estaba esperando.

—¿Por qué? —preguntó Daniel.

El hombre tardó en responder.

—Porque siempre se obsesionaba con alguien.

Clara sintió que el aire se le quedaba corto.

—¿Cómo que se obsesionaba?

—Elegía a personas. Forasteros, casi siempre. Los observaba. Decía que algunos estaban “marcados”. Que el lago los había llamado.

Daniel intercambió una mirada inquieta con Clara.

—¿Y qué les pasaba?

El silencio se hizo pesado.

El camarero habló por fin.

—Se iban. O eso decían.

—¿Decían?

—Sus coches aparecían aún allí. Sus cosas dentro de la casa. Pero ellos… no.

Clara notó que el pulso se le aceleraba.

—¿Cree que nos está siguiendo? —preguntó en voz baja.

El anciano la miró con una mezcla de lástima y temor.

—Si os ha visto, ya estáis dentro.

—¿Dentro de qué?

El hombre señaló, sin mirar, hacia la dirección del bosque.

—De su atención.

Al salir del bar, el cielo se había cubierto por completo. El bosque parecía más oscuro que por la mañana.

De regreso a la casa, Clara tuvo la sensación constante de que algo se movía entre los árboles. Sombras que desaparecían al girar la cabeza. Ramas que crujían sin viento.

Cuando por fin llegaron, Daniel se detuvo en seco.

—¿Ves eso?

Clara levantó la vista.

Junto a la orilla del lago, de espaldas a la casa, había una figura delgada vestida de negro.

Inmóvil.

Mirando el agua.

La anciana.

Y aunque estaban demasiado lejos para distinguir su rostro, Clara tuvo la absoluta certeza de que sabía que habían vuelto.

Y de que llevaba allí esperándolos desde antes de que salieran aquella mañana.

CAPÍTULO 3
LO QUE OCURIÓ ANTES

La figura seguía junto al lago, completamente inmóvil, como si formara parte del paisaje. El viento movía apenas la superficie del agua y agitaba suavemente el vestido oscuro de la anciana, pero ella no parecía notarlo. No se volvió cuando el coche se detuvo. No dio señal alguna de haberlos oído llegar.

Clara sintió cómo el miedo regresaba de golpe, más fuerte que antes.

—Es ella… —susurró.

Daniel apagó el motor, pero ninguno de los dos hizo ademán de bajar. Permanecieron dentro, observándola en silencio. Había algo en aquella quietud que resultaba profundamente inquietante, como si la mujer no estuviera mirando el lago, sino esperando a que el lago le respondiera.

Pasaron unos segundos.

Entonces, muy despacio, la anciana giró la cabeza.

No hacia el coche.

Hacia la casa.

Y empezó a caminar.

Sus pasos eran cortos, tranquilos, pero constantes. No parecía arrastrar los pies como una persona mayor. Avanzaba con una seguridad extraña, casi firme. Cuando llegó al porche, se detuvo frente a la puerta, como si supiera que estaba cerrada.

Daniel y Clara salieron del coche casi al mismo tiempo.

—¡Espere! —dijo él, alzando la voz sin darse cuenta.

La anciana se volvió.

Su rostro estaba pálido, más que el día anterior. Sus ojos claros parecían húmedos, pero no de emoción. De otra cosa. De una especie de brillo antiguo, difícil de sostener.

—Habéis vuelto —dijo con naturalidad, como si nunca se hubiera marchado.

Clara sintió un escalofrío.

—¿Qué quiere de nosotros? —preguntó Daniel, intentando mantener la calma.

La mujer los miró en silencio durante unos segundos. Luego, con un gesto lento, señaló la casa.

—No es a vosotros a quienes quiere.

—¿Quién? —preguntó Clara.

La anciana alzó la vista hacia las ventanas del piso superior.

—La casa.

El aire parecía más frío allí fuera que dentro.

—No entendemos nada —insistió Daniel—. Nos han contado cosas en el pueblo. Sobre usted. Sobre lo que pasó aquí.

La mujer esbozó una sonrisa leve, sin alegría.

—En el pueblo siempre han hablado demasiado.

Clara dio un paso adelante.

—Dijeron que aquí vivía una familia.

La anciana asintió.

—Sí.

—Y que… —Clara dudó un instante— que murieron.

El silencio cayó entre ellos como una sombra.

La mujer se sentó despacio en el primer escalón del porche. Por un momento pareció mucho más vieja, más frágil.

—Antes de que yo viviera aquí, la casa pertenecía a otra familia —empezó a decir, con voz baja y arrastrada—. Un hombre, una mujer… y dos niños pequeños.

El viento empezó a moverse entre los árboles.

—Eran gente tranquila. No se metían con nadie. Vinieron buscando lo mismo que vosotros. Paz. Silencio. Un lugar donde empezar de nuevo.

Clara sintió que cada palabra caía más pesada que la anterior.

—¿Qué pasó? —preguntó.

La anciana no los miraba. Tenía los ojos clavados en el suelo, como si estuviera viendo algo que solo ella recordaba.

—Una noche, el bosque empezó a hacer ruido.

Daniel frunció el ceño.

—¿Ruido?

—Ramas rompiéndose. Pasos. Como si alguien rodeara la casa.

Clara notó que se le secaba la boca.

—El hombre salió a mirar —continuó la anciana—. Pensó que era algún animal. O alguien que se había perdido.

Se detuvo un instante.

—No volvió a entrar.

Daniel sintió un peso en el pecho.

—¿Y la mujer?

—Lo esperó. Con los niños. Cerró puertas y ventanas. Encendió todas las luces. Dicen que estuvo así horas.

La anciana levantó la vista lentamente.

—Hasta que empezaron a oír golpes.

Clara dio un paso atrás sin darse cuenta.

—¿Golpes?
—En las paredes. En las ventanas. En el techo.

El viento se coló entre los árboles con un susurro largo.

—Por la mañana, cuando unos vecinos vinieron a ver qué pasaba, encontraron la casa en silencio.

Ninguno de los dos se atrevió a interrumpirla.

—La puerta estaba abierta.

Clara notó cómo se le erizaba la piel.

—Dentro… —continuó la anciana— todo estaba en su sitio. Los platos sobre la mesa. Las camas deshechas. Como si la familia hubiera estado allí hacía apenas unos minutos.

—¿Y ellos? —preguntó Daniel, casi sin voz.

La mujer los miró por primera vez directamente.

—Muertos.

El silencio se volvió absoluto.

—Los encontraron en el salón. Juntos. El hombre, la mujer… y los dos niños.

Clara sintió un nudo en la garganta.

—¿Qué les pasó?

La anciana tardó en responder.

—Nadie lo supo nunca.

Sus ojos se enturbiaron un instante.

—No había sangre. No había señales de lucha. Nada roto. Nada fuera de lugar. Solo… estaban allí.

Daniel apretó los puños.

—¿Murieron de qué?

La anciana negó despacio.

—El médico dijo que parecía que se hubieran quedado sin aire. Como si algo les hubiera quitado el aliento al mismo tiempo.

El lago emitió un leve sonido contra la orilla.

—Después de aquello —continuó—, nadie quiso la casa durante años. Hasta que yo llegué.

Clara la miró fijamente.

—¿Por qué se quedó aquí?

La mujer sonrió de nuevo, pero aquella sonrisa tenía algo oscuro.

—Porque alguien tenía que escucharla.

Daniel sintió un escalofrío.

—¿Escuchar qué?

La anciana levantó la cabeza hacia la casa, hacia las ventanas oscuras.

—Por las noches, todavía se oyen.

El viento se detuvo.

—Los niños corriendo por el pasillo. La madre llamándolos. El hombre golpeando la puerta desde fuera, intentando entrar.

Clara sintió que el corazón le golpeaba con fuerza en el pecho.

—La casa no olvida —susurró la anciana—. Solo espera.

En ese momento, desde el interior, llegó un sonido.

Un golpe seco.

Luego otro.

Como si alguien, desde dentro del salón, estuviera llamando a la puerta.

El golpe volvió a sonar desde el interior de la casa, seco y hueco, como si alguien estuviera golpeando desde muy dentro, desde un lugar cerrado. Clara se quedó paralizada. Daniel giró la cabeza hacia la puerta, sintiendo una presión extraña en el pecho, como si el aire se hubiera vuelto más denso de repente.

La anciana no se movió.

—¿Lo oís? —murmuró, casi con dulzura.

El tercer golpe resonó más fuerte que los anteriores.

Daniel subió los escalones del porche y empujó la puerta. El salón estaba en penumbra. Todo parecía igual que cuando se habían marchado. La mecedora quieta. El chal doblado. La mesa en silencio.

Pero el sonido no venía de allí.

Provenía de abajo.

Del sótano.

Clara lo entendió al mismo tiempo. Ambos se miraron sin decir nada. El cuarto golpe sonó más apagado, como si quien golpeara estuviera cansándose.

—No bajes —dijo Clara, en voz baja.

Daniel dudó.

El sonido cesó.

El silencio que quedó después fue aún más inquietante que los golpes.

La anciana apareció detrás de ellos, sin que ninguno hubiera notado cuándo había entrado. Caminó despacio hasta el centro del salón y pasó los dedos por el respaldo de la mecedora.

—Ya saben que estáis aquí —dijo.

Clara sintió el estómago encogerse.

—¿Quiénes?

La mujer no respondió. Solo miró hacia el suelo, hacia el punto exacto donde estaba la puerta oculta del sótano.

Aquella noche, después de que la anciana volviera a desaparecer como si se disolviera entre las sombras, Daniel tomó una decisión.

—Tenemos que saber qué pasó de verdad aquí.

Clara no estaba segura de querer saberlo, pero asintió. Era peor no entender nada.

A la mañana siguiente regresaron al pueblo. Esta vez no fueron al bar. Buscaron el pequeño edificio del ayuntamiento, una construcción antigua con una sola planta y una puerta de madera desgastada. Dentro, una mujer mayor revisaba unos archivadores llenos de carpetas amarillentas.

Daniel explicó que estaban investigando la historia de la casa junto al lago. La mujer los miró largo rato antes de hablar.

—Nadie de aquí quiere volver a hablar de ese sitio —dijo finalmente—. Pero supongo que ya os habréis dado cuenta de que no es una casa normal.

Clara notó cómo el corazón se le aceleraba.

La mujer los condujo a una mesa y dejó caer delante de ellos una carpeta gruesa, cubierta de polvo.

—Aquí está todo lo que se sabe.

Dentro había recortes de periódicos, informes antiguos y fotografías en blanco y negro. Daniel fue pasando las páginas lentamente, mientras Clara observaba las imágenes.

La primera noticia hablaba de la familia asesinada hacía décadas.

La segunda, de un matrimonio que compró la casa años después. Habían desaparecido a los pocos meses. El coche seguía en el porche. Las maletas sin deshacer.

Otra más: un hombre que vivió solo allí durante un invierno. Lo encontraron muerto en el salón. Sin heridas. Sin señales de enfermedad.

Clara sintió un frío profundo en el pecho.

—¿Cuántos han sido? —preguntó en voz baja.

La mujer del ayuntamiento dudó.

—Demasiados.

Daniel pasó otra página. Más nombres. Más fechas.

Todos distintos.

Todos con el mismo final.

—No puede ser casualidad… —murmuró.

La mujer negó lentamente.

—La gente empezó a decir que la casa estaba maldita.

Clara levantó la vista.

—¿Maldita cómo?

La mujer se apoyó en la mesa.

—Nadie que haya vivido allí se ha ido por su propio pie. Algunos murieron. Otros desaparecieron. Pero ninguno se marchó sin que algo les pasara antes.

El silencio se hizo pesado.

Daniel sintió que la garganta se le secaba.

—¿Y la anciana? ¿Aurelia?

La mujer frunció el ceño.

—Ella fue la que más tiempo aguantó. Décadas. Pero cuando la encontraron… parecía que llevara años sin vida.

Clara recordó la forma en que se movía. La forma en que hablaba.

—¿Cree que sabía algo?

La mujer tardó en responder.

—Creo que lo entendía mejor que nadie. Y aun así, nunca quiso irse.

Daniel miró de nuevo los recortes. Había una frase subrayada en uno de ellos, escrita a mano, como si alguien hubiera querido destacarla.

“Los habitantes de la casa mueren, pero la casa permanece.”

Clara sintió un escalofrío.

—¿Por qué nadie la derribó? —preguntó.

La mujer dejó escapar una pequeña risa sin humor.

—Lo intentaron.

Daniel alzó la vista.

—¿Y?

—Los obreros se negaron a seguir después de la primera noche. Decían que oían gente dentro. Pasos. Golpes. Voces.

Clara pensó en el sonido del pomo girando, en los susurros, en los golpes del sótano.

—Así que la dejaron como estaba —continuó la mujer—. Y con el tiempo, alguien siempre volvía a comprarla. Siempre había alguien dispuesto a intentarlo otra vez.

Daniel cerró la carpeta despacio.

—Y ahora somos nosotros.

La mujer los miró con una mezcla de compasión y resignación.

—Sí.

Cuando salieron del edificio, el cielo estaba cubierto. El viento soplaba desde el lago, arrastrando un olor húmedo que Clara ya empezaba a reconocer.

Caminaron hacia el coche en silencio.

—Dicen que todos mueren —dijo ella al fin.

Daniel tardó en contestar.

—No vamos a morir.

Pero sus palabras sonaron huecas.

Al arrancar el motor, Clara miró hacia el bosque.

Por un instante, entre los árboles, creyó ver a la anciana. Inmóvil. Observándolos.

Y por primera vez desde que llegaron, entendió algo que hasta entonces no había querido aceptar.

La casa no los había encontrado por casualidad.

Los había elegido.

CAPÍTULO 4
LOS QUE SIGUEN AQUÍ

Aquella tarde regresaron a la casa con una sensación distinta. Ya no era solo miedo. Era la certeza de que estaban dentro de algo que había empezado mucho antes de que ellos llegaran.

El lago estaba completamente en calma, más oscuro que de costumbre. El viento había cesado y el bosque parecía detenido, como si escuchara.

Daniel aparcó sin decir nada. Clara no se movió enseguida. Se quedó mirando la casa, intentando reconocerla, como si esperara ver algo diferente en las ventanas. Pero todo parecía igual. Silencioso. Quieto.

Demasiado quieto.

Entraron.

El interior estaba frío. No un frío de invierno, sino ese frío que se mete bajo la piel. Clara dejó las llaves sobre la mesa, esta vez fijándose bien en el lugar exacto. Daniel caminó hasta el salón y se detuvo frente a la mecedora.

Estaba completamente inmóvil.

El chal negro seguía allí.

Por un momento, nada ocurrió. Y ese instante de normalidad fue casi un alivio.

Hasta que oyeron correr a alguien en el piso de arriba.

Un sonido ligero, rápido, como pasos pequeños atravesando el pasillo.

Clara levantó la cabeza de golpe.

—¿Lo has oído?

Daniel asintió, ya caminando hacia la escalera.

Los pasos volvieron a sonar. Esta vez más claros. De un lado a otro. De una puerta a otra.

Subieron despacio.

El pasillo estaba vacío.

Pero una de las puertas, la del dormitorio del fondo, se balanceaba muy levemente, como si alguien acabara de empujarla.

Daniel avanzó primero y empujó con suavidad.

La habitación estaba casi a oscuras, iluminada solo por la luz gris que entraba por la ventana. Y allí, junto a la pared, de espaldas a ellos, había una niña.

Pequeña. De no más de siete u ocho años.

Llevaba un vestido claro, antiguo, y el cabello oscuro le caía hasta los hombros. Estaba quieta, mirando hacia la esquina de la habitación.

Clara sintió que el corazón se le detenía.

—Hola… —dijo Daniel, sin saber muy bien por qué.

La niña no se movió.

Clara dio un paso adelante.

—¿Estás perdida?

La niña inclinó la cabeza ligeramente, como si hubiera oído algo muy lejano. Y entonces empezó a girarse.

Muy despacio.

Su rostro era pálido. Demasiado pálido. Los ojos grandes, oscuros, con una expresión triste y profunda. Tenía la boca entreabierta, como si fuera a decir algo.

Pero no salió ningún sonido.

Clara sintió el impulso de acercarse un poco más.

—¿Cómo te llamas?

La niña alzó la mano.

Y señaló hacia el pasillo.

En ese mismo instante, el aire se volvió helado.

Un golpe sonó a sus espaldas.

Daniel se giró de inmediato.

Y lo vio.

Al final del pasillo, junto a la escalera, había un hombre.

Alto. Delgado. Con ropa oscura y pasada de moda. Tenía el rostro pálido, inexpresivo, y los ojos hundidos. No se movía. Solo los observaba.

Clara se volvió también.

La niña ya no estaba.

El dormitorio estaba vacío.

Daniel dio un paso hacia el pasillo, sin poder apartar la mirada del hombre.

—¿Quién…?

No terminó la frase.

Porque el hombre levantó lentamente una mano.

Y señaló hacia la planta baja.

El mismo gesto.

La misma advertencia.

Un crujido sonó desde el piso inferior.

Luego, algo parecido a un sollozo.

Clara sintió que las piernas le temblaban.

—Hay alguien abajo…

Bajaron juntos, despacio, conteniendo la respiración.

El salón estaba en penumbra.

Y junto a la ventana, de pie, había una mujer.

Estaba de espaldas, mirando el lago. Su figura era delgada, frágil. Llevaba un vestido largo, claro, que parecía de otra época. Tenía el cabello recogido y las manos entrelazadas frente al pecho.

Parecía estar rezando.

Clara sintió que el miedo se mezclaba con otra cosa.

Tristeza.

La mujer empezó a girarse lentamente.

Sus ojos estaban llenos de lágrimas.

Movió los labios, pero el sonido no llegó hasta ellos.

Solo un susurro apagado que parecía venir de muy lejos.

Entonces, con un gesto tembloroso, llevó una mano al cuello, como si algo la apretara.

Su rostro cambió.

Angustia.

Desesperación.

Abrió la boca, intentando respirar.

Pero no podía.

Clara dio un paso adelante, sin pensar.

—¡Daniel!

Y de pronto, la mujer desapareció.

El salón volvió a quedarse vacío.

El silencio cayó como una losa.

Daniel pasó la mano por su cara, pálido.

—Los hemos visto…

Clara asintió lentamente.

—La familia.

Durante unos segundos, ninguno de los dos habló.

Entonces, desde el piso de arriba, volvió a oírse el sonido de pasos pequeños corriendo.

De un lado a otro.

Como si la niña no dejara de moverse.

Y esta vez, entre los pasos, se oyó algo más.

Una voz infantil.

Muy baja.

Asustada.

—Papá… no pueden entrar… Papá… están en la casa…

Clara se quedó inmóvil en mitad del salón, con el eco de la voz infantil aún flotando en el aire. Daniel levantó la vista hacia el techo, siguiendo el sonido de los pasos que corrían de un lado a otro en el piso superior.

—Tenemos que subir otra vez —dijo en voz baja.

Clara asintió, aunque algo dentro de ella le decía que no lo hiciera.

Subieron despacio, con cuidado, como si temieran encontrarse a alguien al girar cada esquina. El pasillo estaba en silencio cuando llegaron. Ninguna puerta se movía. Ningún sonido. Pero el aire estaba más frío que antes, tan frío que parecía costar respirar.

Daniel dio un paso adelante.

Entonces, una de las puertas se cerró de golpe.

El ruido retumbó en todo el piso.

Clara soltó un pequeño grito ahogado.

La puerta del dormitorio del fondo, el mismo donde habían visto a la niña, estaba ahora completamente cerrada. Daniel avanzó y la empujó con cautela.

La habitación estaba vacía.

Pero en el cristal de la ventana había algo que no estaba antes.

Una marca.

Como si alguien hubiera pasado un dedo por el vaho.

Tres líneas verticales.

Las mismas que Clara había visto el primer día en la pared del salón.

Clara se acercó lentamente.

—Esto no estaba aquí…

Mientras hablaba, el vaho comenzó a extenderse por el cristal, como si el frío viniera del interior de la habitación y no de fuera. Y entonces, muy despacio, ante sus ojos, aparecieron más trazos.

Letras.

Irregulares.

Torpes.

Como si las hubiera escrito una mano pequeña.

Clara contuvo la respiración.

“NO…”

La palabra quedó incompleta.

El vaho se borró de golpe.

Y volvió a formarse.

Esta vez, en el espejo de la cómoda.

Daniel giró la cabeza.

Las letras aparecieron poco a poco, una tras otra, como si alguien invisible las estuviera dibujando desde dentro del cristal.

"…BAJÉIS"

Clara sintió un escalofrío.

—No bajéis…

El mensaje se quedó allí unos segundos.

Luego desapareció.

El silencio regresó.

Daniel tragó saliva.

—Se refieren al sótano.

Clara no respondió. Estaba mirando al suelo.

Había algo más.

Un sonido suave. Como si alguien arrastrara los pies en el pasillo.

Se volvieron al mismo tiempo.

La niña estaba allí otra vez.

Más cerca.

Esta vez podían ver mejor su rostro. Tenía los ojos húmedos, y en su expresión había una urgencia desesperada. Movía los labios con rapidez, intentando decir algo.

Pero no se oía nada.

Clara dio un paso hacia ella.

—¿Qué pasa? ¿Qué quieres decirnos?

La niña levantó las manos, señalando hacia abajo, hacia el piso inferior. Negaba con la cabeza, con movimientos rápidos, nerviosos.

Luego miró hacia la escalera.

Y hacia el techo.

Y hacia la pared.

Como si intentara explicar algo que no podía poner en palabras.

Daniel sintió un peso extraño en el pecho.

—No puede hablar…

La niña volvió a señalar. Esta vez hacia el final del pasillo, donde el hombre había aparecido antes.

Y allí estaba.

Inmóvil.

Observándolos.

El hombre levantó el brazo despacio y señaló también hacia abajo.

Pero su gesto no era una advertencia.

Era distinto.

Más firme.

Más insistente.

Clara miró a Daniel, confundida.

—¿Quiere que bajemos… o que no?

En ese momento, la mujer apareció al otro lado del pasillo, junto a la pared. Sus manos estaban apretadas contra el pecho. Sus labios se movían con rapidez, como si estuviera repitiendo la misma palabra una y otra vez.

Pero el sonido no llegaba.

La niña empezó a negar con más fuerza.

El hombre insistía señalando.

La mujer parecía suplicar.

Tres gestos distintos.

Tres mensajes distintos.

Y ninguno claro.

El aire se volvió helado de repente. Las tres figuras empezaron a desvanecerse poco a poco, como si la luz del día las estuviera borrando.

Antes de desaparecer del todo, la niña miró directamente a Clara.

Y formó una palabra con los labios.

Una sola.

Clara intentó leerla.

Pero fue demasiado rápido.

Cuando el pasillo volvió a quedar vacío, el silencio fue aún más opresivo que antes.

—Están intentando decirnos algo —murmuró Daniel.

Clara asintió lentamente.

—Sí… pero no sabemos qué.

Abajo, en la cocina, algo golpeó con fuerza.

Un solo golpe.

Seco.

Y desde el suelo, desde la puerta oculta del sótano, empezó a oírse un ruido suave.

Como si alguien rascara desde dentro.

CAPÍTULO 5
EL CAMBIO

El ruido que venía del sótano continuó durante unos segundos más, un rascado lento y persistente que parecía subir por las paredes como si algo buscara una salida. Clara se quedó inmóvil en mitad de la cocina, con la mirada clavada en la trampilla de madera.

Daniel, en cambio, no se movió.

No mostró miedo.

Ni siquiera curiosidad.

Estaba de pie junto a la mesa, completamente quieto, con la cabeza ligeramente inclinada hacia un lado, como si estuviera escuchando algo que Clara no podía oír.

—¿Lo oyes? —susurró ella.

Daniel no respondió.

El rascado cesó de golpe.

El silencio volvió a ocupar la casa, pero esta vez no fue un alivio. Era un silencio espeso, pesado, casi incómodo.

Clara se volvió hacia él.

—Daniel…

Él tardó unos segundos en reaccionar. Cuando giró la cabeza, su expresión era extraña. No asustada. No preocupada.

Ausente.

—¿Qué? —dijo al fin.

Su voz sonaba distinta. Más baja. Más lenta.

Clara frunció el ceño.

—Estabas… como ido.

Daniel parpadeó un par de veces, como si despertara de un sueño.

—Solo estaba pensando.

Pero Clara no quedó convencida.

Durante el resto de la tarde, él estuvo callado. Demasiado callado. Apenas habló mientras comían algo rápido. Apenas reaccionó cuando ella le comentó lo de las palabras en el cristal, o la forma en que los fantasmas parecían intentar comunicarse.

Se limitaba a asentir.

A mirar hacia el suelo.

A escuchar.

En un momento dado, Clara lo vio acercarse a la puerta del sótano. Se quedó de pie delante, sin tocarla, sin hacer nada.

Solo observándola.

—Daniel —dijo ella desde el salón.

Él no se giró.

—¿Qué haces?

Tardó en responder.

—Nada.

Pero no se apartó.

Por la noche, el ambiente en la habitación era denso. Clara intentó dormir, pero sentía una inquietud constante, una sensación difícil de explicar. Daniel estaba tumbado a su lado, de espaldas, sin moverse.

No parecía dormido.

Solo quieto.

Demasiado quieto.

En mitad de la noche, Clara se despertó.

No sabía por qué.

La habitación estaba en silencio. Demasiado en silencio.

Se giró.

Daniel no estaba en la cama.

Se incorporó de golpe.

La puerta estaba entreabierta.

Y desde el pasillo llegaba una luz tenue, amarillenta, como la de una vela.

Clara salió despacio.

Daniel estaba al final del pasillo, de espaldas a ella.

Estaba de pie frente a la pequeña habitación sin ventanas.

La puerta estaba abierta.

Dentro, la silla estaba en medio de la estancia.

Y sobre el suelo, rodeándola, había varias velas encendidas.

Clara sintió que el corazón se le aceleraba.

—Daniel… ¿qué haces?

Él no respondió.

Estaba inmóvil, mirando la silla.

Entonces habló.

Pero su voz no era la suya.

Era más grave. Más áspera.

Más antigua.

—Han esperado mucho tiempo.

Clara sintió un frío intenso recorrerle la espalda.

—¿Qué?

Daniel giró la cabeza muy despacio.

Sus ojos parecían más oscuros. Más hundidos.

—La casa no quería que se fueran —dijo.

Clara dio un paso atrás.

—Daniel… para.

Él sonrió.

Y esa sonrisa no le pertenecía.

—Ahora ya no están solos.

La llama de las velas tembló al mismo tiempo, como si una corriente invisible hubiera atravesado la habitación.

Clara sintió que le faltaba el aire.

—Vuelve a la cama —murmuró ella, intentando mantener la calma—. Estás dormido. Estás sonámbulo.

Daniel la miró fijamente.

Durante unos segundos, pareció no reconocerla.

Luego, sin decir nada más, se giró y apagó una de las velas con los dedos, sin mostrar dolor alguno.

Otra.

Y otra.

La habitación volvió a quedar en oscuridad.

Cuando regresó a la cama, no dijo nada. Se tumbó de espaldas, con los ojos abiertos, mirando al techo.

Clara no durmió el resto de la noche.

A la mañana siguiente, Daniel parecía normal.

Demasiado normal.

Desayunó en silencio, como siempre. Incluso hizo un comentario sobre ir al pueblo a comprar comida, como si nada hubiera pasado.

Clara lo observaba con atención.

—¿Recuerdas lo de anoche?

Daniel la miró, confundido.

—¿Anoche?

—Estabas en el pasillo. Con velas.

Él negó lentamente.

—No me he levantado en toda la noche.

Clara sintió un escalofrío.

—Daniel…

Él sonrió, pero algo en esa sonrisa la inquietó.

—Has debido de soñarlo.

En ese momento, el sonido del rascado volvió.

Esta vez más fuerte.

Desde el sótano.

Daniel giró la cabeza hacia la trampilla.

Y durante un instante, Clara vio cómo su expresión cambiaba.

Como si alguien más estuviera mirando desde dentro de él.

—Quiere que baje —susurró.

Clara sintió que el miedo se convertía en algo más profundo.

En certeza.

Daniel dio un paso hacia la puerta del sótano.

Y esta vez, no parecía dispuesto a detenerse.

Clara se movió antes de pensarlo.

—¡Daniel, no!

Lo agarró del brazo justo cuando él iba a levantar la trampilla del sótano. La madera ya había empezado a ceder bajo sus dedos, como si algo desde dentro empujara suavemente hacia arriba.

Daniel se giró despacio.

Y durante un segundo, sus ojos no eran los de siempre.

Había algo oscuro en su mirada. Algo que no la reconocía.

—Tengo que bajar —dijo, con una voz apagada.

—No —respondió ella, con firmeza—. No tienes que hacer nada.

Él intentó soltarse, pero Clara apretó con más fuerza.

—Vamos a salir de aquí. Ahora mismo.

Durante unos instantes pareció que Daniel iba a discutir. Su mandíbula se tensó. Sus dedos volvieron a rozar la trampilla. El rascado desde abajo se hizo más insistente, más rápido, como si algo estuviera perdiendo la paciencia.

Entonces, de repente, él parpadeó.

Y el gesto cambió.

—¿Qué estoy haciendo aquí? —murmuró, confundido.

Clara aprovechó ese momento.

—Nos vamos al pueblo. Necesitamos ayuda.

No esperó a que respondiera. Lo condujo hacia la puerta principal, casi empujándolo. Daniel caminaba con torpeza, como si aún no estuviera del todo despierto.

Al salir, el aire frío del exterior la golpeó en el rostro como un alivio.

Pero no llegaron al coche.

La anciana estaba allí.

De pie junto al camino, entre los árboles, como si hubiera estado esperando desde hacía horas.

El vestido negro se movía con el viento. Su rostro estaba más serio que nunca.

—No debéis iros —dijo, antes siquiera de que Clara hablara.

Clara sintió cómo el miedo se transformaba en rabia.

—Necesitamos ayuda. Daniel no está bien.

La anciana la miró fijamente.

—La casa solo está empezando a conocerlo.

Clara apretó los puños.

—¡Pues que deje de hacerlo!

El silencio que siguió fue pesado.

—No se puede impedir —respondió la mujer, con una calma inquietante—. Cuando la casa elige, ya no hay vuelta atrás.

Daniel, a su lado, parecía ausente otra vez. Miraba hacia el lago, con la expresión vacía.

—Vamos a irnos —insistió Clara, intentando avanzar hacia el coche.

Pero en ese mismo instante, algo crujió detrás de ellos.

Se volvieron.

La puerta de la casa estaba abierta.

Y en el porche, de pie, estaban los tres.

La niña.

El hombre.

La mujer.

Inmóviles. Observándolos.

Clara sintió que el aire se le quedaba atrapado en el pecho.

—Daniel… —susurró.

Él también los estaba mirando.

La niña levantó una mano y negó despacio con la cabeza.

La mujer juntó las manos, como si suplicara.

El hombre señaló hacia la casa.

No hacia el sótano.

Hacia el interior.

Como si le pidiera que volviera.

Clara retrocedió un paso.

—¿Qué quieren? —murmuró, desesperada.

La anciana habló a su espalda.

—Ellos tampoco pueden salir.

Clara se giró bruscamente.

—¿Qué significa eso?

La anciana la observó con una mezcla de tristeza y algo más profundo.

—La casa los retiene. Igual que retuvo a todos los demás.

Clara sintió un nudo en la garganta.

—Yo no pienso quedarme.

Intentó avanzar de nuevo hacia el coche.

Pero el aire cambió.

De repente, el bosque se llenó de un murmullo extraño. Como pasos. Muchos pasos. Entre los árboles. Rodeándolos.

Clara miró a su alrededor.

Sombras.

Moviéndose entre los troncos.

Figuras que se desvanecían al mirarlas directamente.

La anciana dio un paso hacia ella.

—No luches contra ella.

—¡No me diga lo que tengo que hacer! —respondió Clara, con la voz quebrada.

—Si te vas ahora… él no vendrá contigo.

Clara se quedó inmóvil.

Miró a Daniel.

Seguía mirando hacia la casa.

Como hipnotizado.

—Daniel —dijo, acercándose a él—. Vámonos. Por favor.

Él tardó en reaccionar.

Cuando por fin giró la cabeza, su expresión estaba vacía.

—No puedo.

Clara sintió que el mundo se le caía encima.

—Claro que puedes.

Él negó despacio.

—Me llaman.

El rascado volvió a oírse desde dentro de la casa.

Más fuerte.

Más desesperado.

La niña en el porche empezó a llorar en silencio.

La mujer cerró los ojos.

El hombre volvió a señalar hacia el interior.

Y la anciana, muy despacio, murmuró:

—Si te vas ahora, te irás sola.

Clara sintió cómo el miedo se mezclaba con algo aún peor.

La certeza de que, hiciera lo que hiciera, la casa ya había empezado a separarlos.

CAPÍTULO 6
EL PRECIO

La noche cayó antes de que Clara pudiera darse cuenta. El bosque se volvió una masa negra y cerrada, y la casa, iluminada apenas por una luz tenue en el interior, parecía más aislada que nunca. Daniel había regresado dentro sin protestar, como si algo lo hubiera llamado desde lo más profundo. No dijo nada. No preguntó nada.

Simplemente entró.

Ahora estaba sentado en el salón, mirando la mecedora inmóvil, con las manos apoyadas sobre las rodillas. No hablaba. No se movía. A ratos, parecía ni siquiera respirar.

Clara lo observaba desde la cocina, sintiendo cómo una angustia lenta y constante le apretaba el pecho.

—Daniel… —susurró una vez.

Él no respondió.

Entonces oyó el crujido.

A su espalda.

Se giró.

La anciana estaba allí.

De pie, junto a la puerta trasera que Clara juraría haber dejado cerrada. La luz de la cocina dibujaba sombras profundas en su rostro, haciéndola parecer aún más vieja, más cansada.

—No queda mucho tiempo —dijo.

Clara sintió que el corazón le daba un vuelco.

—¿Qué le está pasando?

La anciana miró hacia el salón, hacia la figura inmóvil de Daniel.

—La casa ya lo ha empezado a aceptar.

Clara apretó los puños.

—¡Pues que lo deje en paz!

La mujer negó lentamente.

—No funciona así.

El silencio que siguió fue pesado.

—Dígame qué quiere —exigió Clara, con la voz temblorosa pero firme—. Porque sé que sabe algo. Lo sabía desde el principio.

La anciana tardó en responder. Caminó despacio hasta la mesa y apoyó una mano sobre la madera, como si necesitara sostenerse.

—No es la casa la que los mata —dijo al fin—. Es lo que vive dentro de ella.

Clara sintió un escalofrío.

—¿Dentro… del sótano?

La mujer levantó la vista.

—Debajo.

La palabra quedó flotando en el aire.

—Desde antes de que existiera la casa. Antes incluso de que vinieran los primeros habitantes. Algo quedó atrapado ahí. Algo que no puede salir.

Clara tragó saliva.

—¿Y qué tiene que ver con nosotros?

—Necesita quedarse con alguien.

El sonido lejano de un golpe seco llegó desde el suelo, amortiguado, profundo.

—Siempre ha sido así —continuó la anciana—. Cada cierto tiempo, llama a alguien. Lo atrae. Lo debilita. Y al final, se lo queda.

Clara negó con la cabeza.

—No.

—La familia —dijo la mujer, en voz baja—. No murieron. Fueron entregados.

Clara sintió que el aire le faltaba.

—¿Entregados?

—Intentaron resistirse. Pero al final, el padre entendió lo que pasaba.

La anciana la miró fijamente.

—Sabía que si no hacía algo, todos morirían.

El silencio se volvió insoportable.

—¿Qué hizo? —preguntó Clara, casi sin voz.

La respuesta llegó en un susurro.

—Eligió.

Clara sintió que el mundo se inclinaba.

—¿Eligió a quién?

La anciana cerró los ojos un instante.

—Uno debía quedarse. Para que los demás pudieran irse.

Clara retrocedió un paso.

—No.

—El hombre se sacrificó.

Un golpe sonó desde el salón.

Clara se giró de inmediato.

Daniel se había levantado.

Estaba de pie, mirando hacia el suelo, como si escuchara algo bajo sus pies.

—Ya lo llaman —murmuró la anciana.

Clara sintió el pánico subirle por el pecho.

—No.

—La casa no puede quedarse vacía —continuó la mujer—. Siempre necesita a alguien dentro. Alguien que la alimente. Alguien que la mantenga dormida.

Clara la miró, con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Qué está diciendo?

La anciana sostuvo su mirada.

—Que hay una única forma de romper el ciclo.

El silencio fue total.

—Alguien debe morir.

La frase cayó como un golpe seco.

Clara negó con fuerza.

—No.

—Si no hay sacrificio, él se lo llevará todo —susurró la mujer—. A Daniel. Y luego a ti.

Desde el salón, Daniel dio un paso hacia la puerta del sótano.

Sus movimientos eran lentos. Mecánicos.

—Daniel —dijo Clara, con la voz rota.

Él no reaccionó.

—Si alguien se entrega por voluntad propia… —continuó la anciana— el ciclo se rompe. La casa queda vacía. Lo que hay debajo vuelve a dormirse.

Clara sentía el pulso en las sienes.

—¿Y si no?

La anciana bajó la mirada.

—Entonces la casa se quedará con los dos.

Daniel se detuvo frente a la trampilla.

Puso la mano sobre la anilla.

Y sonrió.

Pero no era su sonrisa.

—Ya es hora —dijo, con aquella voz que no le pertenecía.

Clara corrió hacia él y lo abrazó por detrás, con fuerza.

—¡No te lo lleves! —gritó, sin saber a quién se dirigía.

Por un instante, Daniel pareció luchar.

Su mano tembló.

Sus dedos se cerraron con fuerza.

Y en un susurro, apenas audible, dijo:

—Clara… ayúdame.

La anciana habló por última vez, muy cerca de ella.

—Tienes que decidir.

El rascado empezó de nuevo.

Más fuerte.

Más rápido.

Como si algo, muy abajo, supiera que el momento había llegado.

Clara apretó con más fuerza el cuerpo de Daniel, rodeándolo con los brazos como si temiera que alguien pudiera arrancárselo de las manos. Sentía cómo temblaba. O tal vez era ella la que temblaba tanto que ya no sabía distinguirlo.

—No —dijo, con la voz rota pero firme—. No voy a hacerlo. No voy a dejar que nadie muera.

La anciana la observaba desde unos pasos atrás, en silencio. En su mirada no había enfado. Solo una tristeza antigua, como si ya hubiera visto esa escena demasiadas veces.

Daniel seguía con la mano apoyada sobre la anilla de la trampilla.

Muy despacio, comenzó a apartar los brazos de Clara.

—Tiene razón —murmuró.

Clara sintió un escalofrío.

—¿Qué?

Él se volvió hacia ella.

Y por un instante, sus ojos volvieron a ser los de siempre. Llenos de miedo.

—No quiero hacerte daño —susurró.

Clara negó, con lágrimas resbalándole por las mejillas.

—Nadie va a morir. ¿Me oyes? Nadie.

Pero entonces, su expresión cambió.

El miedo desapareció.

Sus ojos se oscurecieron.

La calma que apareció en su rostro no era natural. Era una calma pesada, fría.

—Es la única manera —dijo, con aquella voz grave y ajena que ya no le pertenecía.

Clara retrocedió un paso.

—No eres tú quien está hablando.

Daniel inclinó ligeramente la cabeza, observándola como si fuera alguien a quien estuviera viendo por primera vez.

—Siempre ha sido así —continuó él—. Siempre ha habido uno que se queda.

—¡Cállate! —gritó Clara.

El eco de su voz retumbó por la casa.

Durante un segundo, todo quedó en silencio.

Luego, muy despacio, Daniel sonrió.

No era una sonrisa amable.

Era una sonrisa tranquila.

Resignada.

—Yo puedo hacerlo.

Clara sintió que el suelo desaparecía bajo sus pies.

—No —susurró.

—Si me quedo yo… tú podrás irte.

Ella negó una y otra vez, sin poder parar.

—No voy a irme sin ti.

Daniel dio un paso hacia ella.

Por un instante pareció luchar contra algo dentro de sí. Sus manos temblaban. Su respiración se volvió irregular.

—No quiero que te pase nada —dijo, con su voz de siempre, la de verdad—. No quiero que te lleve también.

Clara se aferró a su camisa.

—No hay nada que decidir. Nos vamos juntos. ¿Me oyes? Juntos.

Pero entonces, algo golpeó desde abajo.

Un golpe fuerte. Violento.

La trampilla vibró bajo la mano de Daniel.

Otro golpe.

Y otro.

Como si algo empujara desde el otro lado.

Daniel cerró los ojos un momento.

Cuando los abrió, ya no estaba luchando.

—Tiene hambre —murmuró.

Clara sintió el pánico treparle por el pecho.

—¡Daniel, mírame!

Él lo hizo.

Y en su mirada ya no quedaba duda.

—Alguien tiene que quedarse —repitió.

La anciana habló desde el fondo de la cocina, con voz baja.

—No siempre ha sido el hombre.

Clara se giró hacia ella, confundida.

—¿Qué?

La anciana sostuvo su mirada.

—A veces… ha sido la mujer.

El silencio que siguió fue insoportable.

Clara volvió a mirar a Daniel.

Él asintió muy despacio.

Como si aceptara esa posibilidad.

—No —dijo ella, con más fuerza esta vez—. No voy a elegir. No voy a sacrificar a nadie.

Daniel dio un paso atrás, alejándose de ella.

Su rostro estaba sereno.

—Entonces él elegirá por nosotros.

La trampilla volvió a sacudirse.

Esta vez con tanta fuerza que la anilla metálica golpeó contra la madera.

Clara sintió que algo estaba cambiando en el aire. Como si la casa entera respirara.

Desde el pasillo llegó el sonido de pasos.

Los tres aparecieron otra vez.

La niña.

La mujer.

El hombre.

Estaban quietos, observándolos.

La niña lloraba en silencio.

La mujer negaba con la cabeza, desesperada.

El hombre miraba a Daniel fijamente, con una tristeza infinita.

Clara sintió un nudo en la garganta.

—Ellos tampoco querían —susurró.

Daniel los observó en silencio.

Y durante un instante, pareció entender algo.

Algo que Clara no alcanzaba a comprender.

—Uno tiene que quedarse —dijo de nuevo, pero esta vez su voz sonaba cansada, como si ya no discutiera, como si ya lo hubiera aceptado.

Clara se llevó las manos al rostro.

—No… no… no…

El rascado se convirtió en golpes.

Los golpes en empujones.

Y la madera de la trampilla empezó a arquearse ligeramente hacia arriba.

Como si algo, desde muy abajo, estuviera a punto de salir.

CAPÍTULO 7
LA HUIDA

La madera de la trampilla se arqueaba cada vez más, crujiendo bajo los golpes que venían desde abajo. Clara retrocedió hasta chocar contra la pared. El sonido ya no era solo rascado. Era empuje. Insistente. Violento. Desesperado.

Daniel seguía de pie frente a la trampilla, inmóvil, como si estuviera esperando.

—Ya viene —murmuró.

Clara negó con la cabeza, temblando.

—No… no voy a dejar que pase.

La anciana la observaba en silencio desde la cocina. Su rostro estaba serio, más tenso que nunca.

—Ya es tarde para resistirse —dijo con calma.

Clara la miró con rabia.

—¡Usted quiere que nos quedemos!

Por primera vez, la anciana no respondió.

Y en ese silencio, Clara entendió algo.

Aquella mujer no estaba intentando salvarlos.

Estaba intentando que el ciclo continuara.

Daniel se arrodilló frente a la trampilla y empezó a levantar la anilla.

—¡No! —gritó Clara, corriendo hacia él.

Pero antes de que pudiera alcanzarlo, la puerta principal se abrió de golpe.

El viento entró en el salón, arrastrando hojas secas y un aire helado que hizo temblar las velas de la pequeña habitación del pasillo.

—¡Clara!

La voz llegó desde el porche.

Era el vecino.

El hombre que les había hablado el primer día.

Estaba allí, de pie bajo el marco de la puerta, con el rostro pálido y los ojos abiertos por la urgencia.

—¡Sal de ahí ahora!

Clara se quedó paralizada un instante.

—¡Ven! —insistió él, dando un paso hacia dentro—. ¡Rápido!

Daniel giró la cabeza muy despacio.

Su mirada era oscura.

Vacía.

—No puede irse —dijo, con aquella voz ajena.

El vecino se detuvo en seco al oírlo.

—No es él —murmuró, más para sí mismo que para Clara.

La trampilla volvió a sacudirse.

Un golpe tan fuerte que la madera crujió como si fuera a partirse.

Clara reaccionó.

Corrió hacia la puerta.

Pero antes de salir, se giró hacia Daniel.

—¡Ven conmigo!

Durante un segundo, solo uno, su expresión vaciló.

Sus ojos volvieron a ser los de siempre.

Llenos de miedo.

—Vete —susurró.

La trampilla saltó unos centímetros hacia arriba.

Algo oscuro, profundo, parecía moverse en la rendija que se abría.

Clara dio un paso atrás.

—¡Daniel!

El vecino la agarró del brazo con fuerza.

—¡No hay tiempo!

La anciana estaba ahora en mitad del salón.

Mirándolos.

Sin intentar detenerlos.

Pero sin apartarse tampoco.

—No te dejará ir —dijo, en voz baja.

Clara sintió un escalofrío.

—Usted lo sabía todo —respondió, con rabia.

La mujer no negó.

—La casa siempre elige.

El vecino tiró de ella hacia fuera.

—¡Corre!

Salieron al porche justo cuando, dentro, algo golpeó con tal fuerza que las ventanas vibraron. Un sonido profundo, casi como un rugido, subió desde el interior de la casa.

Clara no miró atrás.

Bajaron los escalones corriendo y cruzaron el camino hacia el coche del vecino, aparcado entre los árboles.

—¡Sube! —gritó él, abriendo la puerta.

Clara se detuvo un instante.

Miró hacia la casa.

En el umbral, Daniel estaba de pie.

Inmóvil.

Observándola.

La luz del interior lo recortaba en sombras.

Por un segundo, Clara creyó ver algo moverse detrás de él. Algo oscuro. Alargado. Subiendo desde el suelo.

—¡CLARA! —gritó el vecino.

Ella subió al coche.

El motor arrancó con un rugido.

Mientras se alejaban por el camino, Clara no podía apartar la mirada de la casa.

La figura de Daniel seguía en el porche.

Cada vez más pequeña.

Hasta que el bosque la ocultó.

Clara rompió a llorar.

—Tenemos que volver —dijo entre sollozos.

El vecino negó con la cabeza, sin apartar la vista de la carretera.

—No puedes.

—¡Está ahí dentro!

—Lo sé.

Su voz era grave. Cansada.

—Yo ya he visto esto antes.

Clara lo miró.

—¿Qué?

El hombre apretó el volante.

—La bruja no es la única que cuida de esa casa.

El silencio se hizo pesado dentro del coche.

—¿Qué quiere decir?

El vecino dudó un instante.

—Durante años he visto cómo llegaba gente nueva. Parejas, familias… Siempre lo mismo. Siempre alguien se quedaba.

Clara sintió un frío profundo en el pecho.

—¿Y usted nunca hizo nada?

El hombre apretó la mandíbula.

—Intenté advertiros el primer día. Pero nadie escucha hasta que ya es tarde.

Clara volvió la vista hacia el camino que dejaban atrás.

La casa ya no se veía.

—La bruja no quiere que el ciclo se rompa —continuó él—. Lo alimenta. Lo protege.

Clara tragó saliva.

—¿Y por qué me ha ayudado a escapar?

El hombre la miró de reojo.

—Porque alguien tiene que hacerlo.

El coche siguió avanzando entre los árboles.

Y entonces, Clara vio algo por el retrovisor.

A lo lejos, entre el bosque, una figura negra.

De pie en mitad del camino.

La anciana.

Observándolos marcharse.

Y aunque la distancia era grande, Clara tuvo la terrible sensación de que estaba sonriendo.

El coche avanzaba por la carretera estrecha, dejando atrás el bosque, el lago y la casa que parecía haber quedado atrapada en otro mundo. Clara seguía llorando en silencio, con la mirada fija en el retrovisor, como si esperara ver aparecer a Daniel corriendo detrás de ellos.

Pero ya no se veía nada.

Solo árboles.

Y oscuridad.

El vecino no hablaba. Conducía con los hombros tensos, sujetando el volante con fuerza. Sus ojos iban de la carretera al espejo una y otra vez, como si temiera que algo pudiera aparecer de repente en medio del camino.

Pasaron varios minutos en silencio.

Hasta que Clara habló.

—Tenemos que volver.

El hombre negó despacio.

—Ahora no.

—¡Está solo ahí dentro!

—No está solo —respondió él, con voz baja.

Clara se volvió hacia él.

—¿Qué quiere decir?

El vecino no contestó de inmediato. Parecía estar decidiendo si debía seguir hablando o no. Finalmente, redujo la velocidad y detuvo el coche en un pequeño claro, lejos de la carretera principal. Apagó el motor.

El silencio cayó de golpe.

Clara lo miró, confundida.

—¿Por qué paramos?

El hombre soltó el volante y se pasó una mano por la cara, agotado.

—Porque ya no tiene sentido ocultarlo.

Clara sintió un escalofrío.

—¿Ocultar qué?

El vecino se giró hacia ella.

Por primera vez, su expresión no era solo preocupación.

Era culpa.

—Yo también formo parte de esto.

Clara se quedó inmóvil.

—¿Cómo que formas parte?

El hombre bajó la mirada.

—Mi familia ha vivido aquí toda la vida. Mucho antes de que llegara la anciana. Antes incluso de que se construyera la casa.

Clara notó cómo el corazón le latía más rápido.

—¿Sabías lo que pasaba?

—Sí.

La palabra fue directa. Pesada.

—¿Y nos dejaste entrar allí? —preguntó ella, con la voz temblorosa.

El hombre apretó los labios.

—Intenté advertiros.

—¡No lo suficiente! —estalló Clara—. ¡Sabías que alguien iba a morir!

El vecino cerró los ojos un instante.

—No siempre muere alguien.

Clara lo miró con incredulidad.

—¿Entonces qué pasa?

El hombre tardó en responder.

—A veces… alguien se queda.

El silencio se volvió insoportable.

Clara sintió que algo no encajaba.

—¿Tú…? —empezó a decir, con la voz cada vez más débil.

El hombre levantó la mirada.

—Mi padre vivió en esa casa cuando era joven.

Clara sintió un frío profundo.

—¿Y?

—Se quedó.

El peso de esas dos palabras cayó entre ellos.

—Mi madre se fue —continuó él—. Embarazada de mí. Nunca volvió. Decía que mi padre ya no era el mismo. Que algo dentro de él había cambiado.

Clara lo observaba sin respirar.

—Años después… mi padre desapareció.

—¿Desapareció? —susurró ella.

El hombre asintió.

—Entró en la casa una noche. Nadie volvió a verlo salir.

Clara sintió que la garganta se le cerraba.

—Entonces tú sabías que Daniel…

—Que podía pasarle —terminó él.

Clara se llevó las manos al rostro, temblando.

—¿Por qué me has sacado de allí?

El vecino la miró fijamente.

—Porque el ciclo solo se mantiene si alguien se queda y alguien se va.

Clara no entendía.

—¿Qué?

—La casa necesita dos cosas: una presencia dentro… y alguien fuera que recuerde.

El silencio se volvió aún más pesado.

—Alguien que vigile —continuó—. Que mantenga la historia viva. Que se asegure de que el lugar no se abandone del todo.

Clara sintió un escalofrío.

—¿Tú haces eso?

Él asintió lentamente.

—Desde que mi padre desapareció.

—¿Y la anciana?

—Ella cuida de dentro.

Clara tragó saliva.

—¿Y tú cuidas de fuera?

El hombre no respondió, pero su mirada lo dijo todo.

Clara sintió que algo oscuro empezaba a tomar forma en su mente.

—Entonces… ¿nos dejaste entrar porque la casa necesitaba a alguien nuevo?

El vecino negó con fuerza.

—No.

—¿Seguro?

El hombre apretó los puños.

—No quería que os pasara esto. Por eso he venido hoy. Por eso te he sacado de allí.

Clara lo observó en silencio, intentando decidir si podía confiar en él.

—¿Quieres ayudarme a sacarlo? —preguntó finalmente.

El vecino la sostuvo la mirada.

—Sí.

—¿Por qué?

Él dudó un instante.

—Porque si Daniel se queda… el siguiente podría ser otro. Otra pareja. Otra familia.

Clara sintió una mezcla de miedo y esperanza.

—¿Se puede romper la maldición?

El hombre tardó en responder.

—Tal vez.

—La anciana dijo que alguien tenía que morir.

El vecino bajó la mirada.

—Eso es lo que siempre ha creído ella.

—¿Y tú?

Él levantó la cabeza despacio.

—Yo creo que hay otra manera.

Clara sintió que el corazón le daba un vuelco.

—¿Cuál?

El hombre miró hacia el bosque oscuro que quedaba atrás.

—Volver.

El silencio se hizo total dentro del coche.

—Pero no para escapar —añadió—. Para terminar con esto de una vez.

CAPÍTULO 8
EL RITUAL

El coche volvió a ponerse en marcha, pero esta vez no regresaron directamente a la casa. El vecino tomó un desvío estrecho que Clara no recordaba haber visto antes. El camino se internaba aún más en el bosque, entre árboles viejos y retorcidos que parecían cerrarse sobre ellos.

La noche había caído por completo.

Solo los faros iluminaban la tierra húmeda y las ramas bajas que rozaban el techo del coche. El sonido del motor parecía demasiado fuerte en medio de aquel silencio.

—¿Adónde vamos? —preguntó Clara, con la voz aún temblorosa.

—A un lugar que mi padre me enseñó cuando era niño —respondió el vecino—. Antes de que desapareciera.

Clara se giró hacia él.

—¿Sabía algo?

El hombre asintió lentamente.

—Más de lo que yo entendía entonces.

El camino terminó en un pequeño claro. El vecino apagó el motor y durante unos segundos nadie se movió. El bosque era diferente allí. Más oscuro. Más denso. El aire tenía un olor húmedo, antiguo.

Como si aquel lugar hubiera estado esperando.

Bajaron del coche.

Clara se abrazó a sí misma, intentando protegerse del frío. A unos metros, entre los árboles, se distinguían varias piedras grandes, colocadas formando un círculo irregular. Algunas estaban cubiertas de musgo. Otras parecían marcadas con surcos profundos.

—¿Qué es esto? —preguntó ella.

—Es más antiguo que la casa —dijo el vecino—. Mucho más.

Se acercó al círculo y apartó hojas secas del suelo. Debajo, la tierra estaba oscura, removida, como si en algún momento alguien hubiera cavado allí.

—Mi padre decía que todo empezó aquí.

Clara sintió un escalofrío.

—¿Aquí…?

El hombre asintió.

—Antes de que existiera la casa, la gente del pueblo venía a este claro. No para vivir. Para dejar algo.

Clara notó que el aire se volvía más pesado.

—¿Qué dejaban?

El vecino tardó en responder.

—Ofrendas.

El silencio cayó entre los árboles.

—Para mantener algo dormido.

Clara sintió un nudo en el estómago.

—¿Lo que está debajo de la casa?

—Sí.

El viento empezó a moverse entre las ramas, produciendo un murmullo suave, casi como un suspiro.

El vecino se arrodilló junto a una de las piedras y pasó la mano por un surco tallado en ella. Clara se acercó un poco más.

Eran símbolos.

Antiguos. Desgastados.

—Mi padre descubrió que la casa se construyó justo encima del lugar donde antes se hacían estos rituales —continuó—. Pensaban que así podrían encerrarlo para siempre.

Clara sintió el corazón acelerarse.

—Pero no funcionó.

—Funcionó a medias.

El hombre levantó la vista.

—El círculo mantenía a esa cosa dormida. Pero cuando la casa se levantó, algo cambió. El lugar se cerró… y empezó a necesitar alimentarse de quienes vivían allí.

Clara respiró hondo.

—Entonces el ritual… ¿servía para detenerlo?

El vecino asintió.

—Eso creía mi padre. Decía que el ciclo podía romperse si se hacía bien. Si se hacía en el sitio correcto.

Clara miró alrededor. El claro parecía observarlos. El viento había cesado. El bosque estaba completamente en silencio.

—¿Qué hay que hacer?

El hombre dudó un instante.

—No lo sé todo. Solo lo que él alcanzó a contarme. Decía que el ritual debía hacerse aquí, dentro del círculo. Y que hacía falta algo que perteneciera a la casa.

Clara pensó de inmediato en la llave. En el chal. En las marcas. En todo lo que había dentro.

—¿Y Daniel? —preguntó.

El vecino la miró con seriedad.

—También tiene que estar.

Clara sintió que el miedo volvía a crecer.

—Está dentro.

—Por eso tenemos que volver.

El silencio se hizo pesado.

—La anciana cree que el sacrificio es la única salida —continuó él—. Porque así se ha hecho siempre. Pero mi padre estaba convencido de que el círculo era anterior a todo eso. Que había otra forma.

Clara miró las piedras cubiertas de musgo.

—¿Y si no funciona?

El hombre no respondió enseguida.

—Entonces la casa se lo quedará para siempre.

Clara cerró los ojos un instante.

El viento volvió a levantarse.

Y por un segundo, creyó oír algo.

Un susurro.

Muy leve.

Como una voz infantil.

—Aquí…

Clara abrió los ojos de golpe.

—¿Lo has oído?

El vecino negó.

Pero Clara estaba segura.

La voz venía de dentro del círculo.
Dio un paso adelante.

Y entonces lo vio.

En la tierra oscura, entre las hojas, había algo enterrado a medias.

Se agachó y apartó el barro con las manos.

Era un objeto pequeño.

Una medalla antigua.

Y en cuanto la sostuvo, sintió un frío intenso recorrerle el brazo.

—¿Qué es eso? —preguntó el vecino.

Clara limpió la superficie con los dedos.

Había un nombre grabado.

Un nombre pequeño.

Antiguo.

El mismo nombre que había leído en uno de los recortes del ayuntamiento.

El nombre de la niña.

Clara levantó la vista lentamente.

—Ellos también están aquí… —susurró.

El viento atravesó el círculo de piedras como un lamento.

Y en ese instante, ambos comprendieron algo al mismo tiempo.

El ritual no solo debía hacerse en el bosque.

Debía hacerse con ellos.Clara cerró la mano en torno a la medalla, sintiendo el frío del metal clavarse en su piel. El viento empezó a soplar con más fuerza, arremolinando las hojas secas dentro del círculo de piedras. El aire ya no estaba quieto. Parecía cargado, tenso, como si el bosque entero hubiera despertado.

—Tenemos que traer algo de la casa —dijo el vecino, mirando alrededor con inquietud—. Algo que esté unido a lo que hay allí dentro.

Clara asintió.

—Y a Daniel.

El silencio cayó entre los árboles.

Ambos sabían que eso significaba volver.

El camino de regreso fue rápido y casi en silencio. Nadie hablaba. Solo el sonido del motor rompiendo la oscuridad del bosque. Cuando la casa apareció entre los árboles, el lago reflejaba la luz de la luna, inmóvil, como una superficie de cristal negro.

Las ventanas estaban a oscuras.

Pero la puerta principal estaba abierta.

—No me gusta esto… —murmuró el vecino.

Clara no respondió. Ya estaba bajando del coche.

El aire alrededor de la casa era distinto. Más frío. Más pesado. Cada paso hacia el porche parecía costar el doble.

Al entrar, el silencio era absoluto.

—Daniel… —llamó Clara, con un hilo de voz.

No hubo respuesta.

Entonces, desde el interior, llegó un sonido.

Un arrastre.

Y luego, un susurro.

—Clara…

Venía del salón.

Entraron.

Daniel estaba allí, de pie junto a la mecedora, mirando hacia el lago. La luz de la luna entraba por la ventana, dibujando sombras largas a su alrededor.

Clara dio un paso hacia él.

—Daniel.

Él giró la cabeza lentamente.

Sus ojos estaban hundidos, oscuros. Pero cuando la vio, algo cambió. Un destello breve. Un reconocimiento.

—Has vuelto… —dijo, con la voz cansada.

Clara corrió hacia él y lo abrazó.

Por un instante, sintió su cuerpo tensarse. Luego, poco a poco, él respondió al abrazo.

—Tenemos que sacarte de aquí —susurró ella.

El vecino entró en el salón y miró alrededor con rapidez.

—Necesitamos algo de la casa. Algo que haya estado aquí desde el principio.

Clara miró la mecedora.

El chal negro seguía allí.

Lo tomó.

El aire cambió al instante.

Un golpe seco sonó en el pasillo.

Luego otro.

Pasos.

La niña apareció primero.

Al pie de la escalera.

Mirándolos.

Su rostro ya no estaba triste.

Estaba asustado.

Negaba con la cabeza.

—Lo siento —susurró Clara, sin saber si podía oírla.

El hombre apareció después, en el pasillo. Su expresión era grave, tensa. Levantó una mano, como si quisiera detenerlos.

La mujer surgió junto a la puerta de la cocina. Sus manos apretadas contra el pecho, como si le faltara el aire.

El vecino dio un paso atrás.

—Nos quieren parar.

—No —dijo Clara, sintiendo que algo encajaba dentro de ella—. Nos están avisando.

En ese momento, la anciana apareció en la entrada.

Su rostro ya no era sereno.

Había rabia en sus ojos.

—No podéis hacer eso —dijo.

El viento entró de golpe por las ventanas, como si la casa misma respirara con violencia.

—Tiene que quedarse alguien —continuó la mujer—. Siempre ha sido así.

El vecino se adelantó.

—No más.

La anciana lo miró con odio.

—Tu familia siempre ha vigilado. Siempre ha obedecido.

—Mi padre quiso romperlo —respondió él—. Y yo voy a terminar lo que empezó.

El suelo vibró bajo sus pies.

Un golpe profundo subió desde el sótano.

Daniel se llevó una mano a la cabeza, como si algo tirara de él hacia abajo.

—Se enfada… —murmuró.

Clara lo agarró con fuerza.

—Aguanta. Por favor.

El rascado volvió.

Más fuerte.

Más desesperado.

Las paredes crujieron.

La anciana dio un paso hacia ellos.

—¡No podéis ir al bosque! —gritó—. ¡Si despertáis lo que hay allí, no se dormirá nunca más!

Pero ya era tarde.

Salieron corriendo.

El vecino conducía mientras Clara sujetaba a Daniel en el asiento trasero. Él respiraba con dificultad, como si algo lo estuviera ahogando desde dentro.

El claro apareció entre los árboles.

El círculo de piedras los esperaba.

Bajaron casi a trompicones.

El viento rugía ahora con fuerza, doblando las ramas, levantando polvo y hojas.

Clara entró en el círculo con el chal en las manos y la medalla apretada en el puño. El vecino ayudó a Daniel a ponerse en pie dentro del círculo.

En ese instante, el bosque cambió.

Sombras se movían entre los árboles.

Y entonces aparecieron.

La niña.

El hombre.

La mujer.

Y detrás de ellos, entre la oscuridad, la anciana.

Sus rostros estaban tensos. Inquietos.

—No hagáis esto… —susurró la anciana, pero su voz sonaba lejana, como si ya no tuviera el control.

El viento giraba dentro del círculo.

Clara dejó la medalla en el centro.

Luego el chal.

El vecino colocó la mano sobre el hombro de Daniel.

—Dilo —le pidió a Clara.

—¿El qué?

—Que se acabe. Que vuelva a dormir.

Clara cerró los ojos.

Pensó en la casa. En los golpes. En el miedo. En la familia atrapada.

Y habló.

—Que se acabe.

El suelo tembló bajo sus pies.

Un sonido profundo subió desde la tierra.

La niña empezó a llorar.

La mujer gritó en silencio.

El hombre cerró los ojos.

La anciana dio un paso atrás.

El viento se convirtió en un rugido.

Por un instante, Clara sintió que algo se levantaba bajo el círculo.

Algo inmenso.

Oscuro.

Antiguo.

Y entonces, de repente…

Todo se detuvo.

El viento cesó.

El bosque quedó en silencio.

Daniel cayó de rodillas, jadeando.

Clara lo sostuvo.

Y al levantar la vista, vio que las figuras ya no estaban.

Ni la niña.

Ni el hombre.

Ni la mujer.

Ni la anciana.

Solo el círculo de piedras.

Y el sonido lejano del lago, rompiendo suavemente contra la orilla.

CAPÍTULO 9
EL SILENCIO

Durante unos segundos, nadie se movió.

El bosque había quedado completamente en calma, como si todo hubiera contenido la respiración y ahora, por fin, la soltara despacio. El viento había desaparecido. Las ramas ya no crujían. Incluso el aire parecía distinto, más ligero, más limpio.

Clara seguía arrodillada junto a Daniel, sujetándolo por los hombros. Él respiraba con dificultad, como si acabara de salir de un sueño muy profundo.

—Daniel… —susurró.

Él tardó en reaccionar.

Parpadeó varias veces, desorientado, mirando a su alrededor como si no reconociera el lugar.

—¿Dónde… estamos? —preguntó, con la voz ronca.

Clara sintió que algo dentro de su pecho se rompía y se recomponía al mismo tiempo.

—En el bosque —respondió, con lágrimas en los ojos—. Estás conmigo.

Daniel la miró fijamente.

Y por primera vez en mucho tiempo, su mirada era completamente suya.

Sin sombras.

Sin oscuridad.

Sin esa calma extraña que no le pertenecía.

—Clara…

La abrazó con fuerza, como si temiera que ella desapareciera si la soltaba.

El vecino se mantenía en silencio a unos pasos, observando el círculo de piedras. Su rostro estaba serio, pero ya no había miedo en él. Solo una especie de cansancio profundo.

Clara levantó la vista.

—¿Ha terminado?

El hombre miró el centro del círculo, donde la medalla y el chal reposaban sobre la tierra.

—Creo que sí.

En ese instante, algo cambió.

No fue un ruido. Ni un movimiento.

Fue una sensación.

Como si una presión invisible que había estado allí durante años, décadas quizá, acabara de desaparecer.

El bosque dejó de oler a humedad antigua.

El aire dejó de pesar.

Clara se puso en pie lentamente.

Y entonces los vio.

Al borde del claro.

La niña.

El hombre.

La mujer.

Estaban de pie entre los árboles, iluminados por la luz suave de la luna.

Pero ya no eran como antes.

Sus rostros estaban en calma.

La niña sonreía levemente, con una expresión tranquila que Clara no le había visto nunca.

La mujer ya no tenía las manos apretadas contra el pecho. Respiraba con normalidad.

El hombre no señalaba. Solo los miraba.

Clara dio un paso hacia ellos.

—¿Ya está…? —susurró.

La niña inclinó la cabeza, como si respondiera que sí.

Luego dio un paso atrás.

Y su figura empezó a desvanecerse muy despacio.

Primero su rostro.

Luego sus manos.

Hasta que solo quedó la luz de la luna entre los árboles.

La mujer fue la siguiente.

Antes de desaparecer, llevó una mano al corazón y miró a Clara con una gratitud silenciosa.

El hombre fue el último.

Se quedó unos segundos más, observando a Daniel.

Y, por primera vez, asintió.

Un gesto pequeño.

Pero claro.

Luego se desvaneció también.

El claro quedó vacío.

El silencio volvió.

Clara sintió cómo el aire le llenaba los pulmones con una facilidad que no recordaba haber sentido desde que llegaron.

—Se han ido… —murmuró.

Daniel apretó su mano.

—¿Quiénes?

Clara lo miró.

—Ya están en paz.

El vecino se acercó despacio al centro del círculo. Se agachó y tocó la tierra donde habían dejado los objetos.

—Ya no está —dijo en voz baja.

—¿Qué? —preguntó Clara.

El hombre levantó la vista.

—Eso que estaba debajo. Ya no lo siento.

Clara miró alrededor.

El bosque parecía más claro. Más abierto.

Incluso los árboles parecían menos oscuros.

A lo lejos, el sonido del lago llegaba limpio, tranquilo.

Sin ese murmullo profundo que siempre lo acompañaba.

—¿Y la casa? —preguntó Daniel.

El vecino se puso en pie lentamente.

—Vamos a verlo.

El camino de regreso se hizo en silencio. Esta vez, el coche no parecía avanzar a través de un lugar hostil. El bosque era solo un bosque. Árboles. Tierra. Noche.

Cuando la casa apareció ante ellos, Clara sintió un escalofrío.

No parecía la misma.

Las ventanas estaban abiertas.

La puerta entrecerrada.

Pero no había oscuridad densa dentro.

Ni esa sensación de peso.

Entraron.

El salón estaba vacío.

La mecedora quieta.

El chal ya no estaba.

La trampilla del sótano cerrada.

Y, por primera vez desde que llegaron, la casa no hacía ningún ruido.

Ni golpes.

Ni susurros.

Ni pasos.

Solo silencio.

Un silencio limpio.

Daniel dio un paso dentro y miró alrededor, con una expresión que Clara no le veía desde hacía días.

—Ya no siento nada —dijo.

Clara cerró los ojos un momento.

La presión en el pecho había desaparecido.

El frío.
El miedo.

Todo.

El vecino permanecía en el umbral, observando el interior como si fuera la primera vez que lo veía sin temor.

—Se acabó —murmuró.

Clara tomó la mano de Daniel con fuerza.

Y por primera vez desde que habían cruzado aquella puerta el primer día…

La casa parecía solo una casa.Entraron despacio, casi con respeto, como si temieran despertar algo que aún pudiera seguir oculto entre las paredes. Pero la casa permanecía en silencio. No ese silencio pesado y vigilante de los días anteriores, sino uno tranquilo, casi vacío.

Clara avanzó hasta el centro del salón. Miró la mecedora. La tocó suavemente. No se movió. No hubo corrientes frías ni susurros, ni esa sensación de que alguien la observaba desde el pasillo.

Daniel caminó hasta la puerta del sótano.

Se detuvo frente a ella.

Clara contuvo la respiración.

Él apoyó la mano en la anilla y, por primera vez, no tembló. Tiró suavemente.

La trampilla se abrió con un crujido lento.

Oscuridad.

Solo oscuridad.

Pero nada más.

Ningún rascado.

Ningún golpe.

Ningún susurro.

Daniel volvió a cerrar.

—Está vacío —dijo, con voz baja, como si todavía no se atreviera a hablar más alto.

El vecino permanecía junto a la puerta principal, mirando cada rincón con una expresión difícil de descifrar. Parecía más viejo de repente, como si algo que lo hubiera mantenido en tensión durante toda su vida se hubiera soltado por fin.

—Nunca había entrado después de una noche tranquila —murmuró.

Clara se volvió hacia él.

—¿De verdad ha terminado?

El hombre asintió.

—Se nota. El aire es distinto.

Clara caminó hacia la ventana que daba al lago. El agua se movía con suavidad, reflejando la luna. Ya no parecía negra. Solo oscura, como cualquier lago por la noche.

Se abrazó a sí misma.

—No quiero quedarme aquí.

Daniel no respondió enseguida.

Miró la casa a su alrededor.

Las paredes.

La escalera.

El pasillo donde habían visto a la niña correr.

La cocina.

La trampilla.

Todo parecía normal.

Pero demasiado cargado de recuerdos.

—Yo tampoco —dijo al fin.

Clara sintió un alivio inmediato.

—Podemos venderla.

Daniel asintió lentamente.

—Sí.

El vecino los observó en silencio.

—No será fácil —dijo.

Clara lo miró.

—¿Por qué?

—Porque nadie se queda mucho tiempo aquí. El pueblo sabe lo que pasó. Aunque ahora haya terminado… la historia no desaparece de un día para otro.

Daniel suspiró.

—No importa. No quiero vivir aquí. No después de todo.

Clara se acercó a él y le tomó la mano.

—Nos iremos lejos.

Él apretó sus dedos.

—Empezaremos de nuevo.

El vecino los miró durante unos segundos. Había algo de alivio en su rostro. Y algo más. Algo parecido a la libertad.

—Yo me quedaré —dijo finalmente.

Clara frunció el ceño.

—¿Aquí?

—En el pueblo. No en la casa.

Miró hacia el lago.

—Durante años pensé que tenía que vigilar. Que era mi responsabilidad. Pero ya no.

El silencio se llenó de una calma nueva.

Clara respiró hondo.

—Gracias —dijo.

El hombre negó con la cabeza.

—Gracias a vosotros.

Esa noche durmieron en la casa por última vez.

Sin ruidos.

Sin pasos en el pasillo.

Sin golpes desde el suelo.

Clara se despertó una vez, en mitad de la madrugada, y durante un instante se quedó escuchando, por costumbre.

Nada.

Solo el sonido lejano del viento entre los árboles.

Se volvió hacia Daniel.

Dormía profundamente.

En paz.

Por la mañana, la luz del sol entraba con fuerza por las ventanas. El lago brillaba con un tono claro, casi bonito. La casa parecía más pequeña. Más vieja. Más… vacía.

Prepararon sus cosas en silencio.

Pocas maletas.

Pocas palabras.

Antes de irse, Clara recorrió el salón por última vez.

Se detuvo junto a la mecedora.

La empujó suavemente.

La madera crujió al moverse.

Pero se detuvo enseguida.

Sin balancearse.

Sin seguir sola.

Clara sonrió levemente.

Cuando salieron, cerraron la puerta con cuidado.

Daniel se quedó un momento mirando la fachada.

—¿Crees que alguien más vendrá?

Clara pensó en ello.

—Quizá.

—¿Y si vuelve a pasar?

Ella negó.

—No volverá.

Daniel la miró.

—¿Cómo lo sabes?

Clara miró hacia el lago, tranquilo, brillante bajo el sol.

—Porque ya no queda nadie dentro.

CAPÍTULO 10
LO QUE NUNCA SE FUE

El coche avanzaba despacio por el camino de tierra, dejando atrás la casa, el lago y el bosque que durante días había sido su mundo entero. Clara miraba por la ventanilla sin hablar, con la sensación extraña de estar abandonando algo que aún no comprendía del todo.

Daniel conducía en silencio.

Ninguno de los dos se había atrevido a poner música.

El motor era el único sonido.

Al llegar al final del sendero, donde el camino se abría hacia la carretera principal, Daniel frenó suavemente. No dijo nada. Solo miró por el retrovisor.

Clara se dio cuenta.

Se giró también.

La casa apenas se distinguía entre los árboles, pequeña, tranquila, casi inocente bajo la luz del sol de la mañana.

—Se acabó —murmuró Daniel.

Clara asintió, aunque una parte de ella no estaba completamente convencida.

—Sí… se acabó.

Se quedaron unos segundos más allí, sin moverse, como si despedirse requiriera un último instante de silencio.

Entonces Daniel volvió a arrancar.

El coche avanzó unos metros.

Y fue en ese momento cuando Clara lo vio.

Al principio pensó que era una sombra.

Una forma oscura entre los árboles, junto al camino.

—Daniel… para.

Él frenó de inmediato.

—¿Qué pasa?

Clara no respondió. Señaló hacia el borde del bosque.

Entre los troncos, a unos metros de la carretera, había una figura.

Delgada.

Vestida de negro.

Inmóvil.

La anciana.

Daniel sintió que un escalofrío le recorría la espalda.

—No puede ser…

Clara no apartaba la mirada.

La mujer estaba allí.

Observándolos.

No parecía enfadada.

Ni triste.

Solo… tranquila.

Como si supiera que ese momento iba a llegar.

Daniel bajó la ventanilla muy despacio.

El aire del bosque entró, fresco, silencioso.

—Se suponía que había terminado —dijo, en voz baja.

La anciana dio un paso hacia delante.

La luz del sol iluminó su rostro.

Parecía más vieja que nunca.

Más cansada.

Pero sus ojos seguían siendo los mismos.

Claros.

Atentos.

—Para vosotros, sí —dijo.

Clara sintió que el corazón le golpeaba con fuerza.

—¿Qué quiere decir?

La mujer los miró a ambos.

—La casa está en silencio ahora. Lo que dormía debajo ha vuelto a cerrarse.

Daniel frunció el ceño.

—Entonces… ¿ya está?

La anciana inclinó ligeramente la cabeza.

—Para vosotros.

El silencio cayó entre ellos.

Clara sintió una inquietud profunda.

—¿Y usted?

La mujer sonrió levemente.

Una sonrisa pequeña.

Triste.

—Yo siempre he estado aquí.

El viento movió suavemente las hojas a su alrededor.

—¿Es usted quien la cuida? —preguntó Daniel.

La anciana tardó en responder.

—La escucho.

Clara sintió un escalofrío.

—Pensamos que… que usted quería que el ciclo continuara.

La mujer negó despacio.

—No lo quería. Pero alguien tenía que quedarse.

El vecino había dicho lo mismo.

Alguien dentro.

Alguien fuera.

La casa nunca había estado sola.

Clara tragó saliva.

—¿Ahora qué pasará?

La anciana miró hacia el lago, invisible entre los árboles.

—Nada.

Una pausa.

—Durante mucho tiempo.

El viento sopló un poco más fuerte.

—¿Y cuando despierte otra vez? —preguntó Daniel, casi sin querer saber la respuesta.

La anciana volvió a mirarlos.

Y en sus ojos había algo antiguo.

Paciente.

—Siempre despierta.

Ninguno habló.

El motor del coche seguía encendido, vibrando suavemente.

Clara sintió que algo se cerraba dentro de ella. No era miedo. No del todo.

Era la certeza de que aquel lugar seguiría existiendo mucho después de que ellos se hubieran ido.

—Adiós —dijo, al fin.

La anciana asintió.

No levantó la mano.

No se acercó.

Solo los observó.

Daniel cerró la ventanilla.

Y esta vez, al arrancar, no miró atrás.

El coche se alejó por la carretera, dejando el bosque atrás, cada vez más lejos.

Cuando doblaron la última curva, Clara se giró por última vez.

La casa ya no se veía.

Pero entre los árboles, aún distinguía la figura oscura.

Inmóvil.

Esperando.

Y entonces, por un instante muy breve, creyó ver algo más junto a ella.

Una segunda sombra.

Más pequeña.

Como la silueta de una niña.

Parpadeó.

Y ya no estaba.

Clara se recostó en el asiento, cerrando los ojos.

Quizá había sido su imaginación.

O quizá no todo se había ido del todo.

El coche siguió avanzando.

Y el bosque volvió a quedarse en silencio.

Clara mantuvo la mirada fija en el bosque mientras el coche avanzaba unos metros más. Algo dentro de ella le dijo que mirara otra vez. Que no se fuera aún.

—Daniel… espera.

Él volvió a frenar, inquieto.

—¿Qué ocurre?

Clara no respondió de inmediato. Bajó la ventanilla lentamente y sacó la cabeza un poco, intentando ver mejor entre los árboles.

La anciana ya no estaba en el mismo sitio.

Ahora estaba más cerca.

Mucho más cerca.

Apenas a unos pasos del borde del camino.

Daniel sintió cómo un escalofrío le recorría la espalda.

—No se ha movido… ¿verdad? —preguntó, aunque sabía que sí.

Clara negó muy despacio.

La mujer los observaba con esa misma calma inquietante. Pero ahora había algo distinto en su expresión. No tristeza. No resignación.

Algo más oscuro.

—Deberíais marcharos —dijo, con voz suave.

Daniel frunció el ceño.

—Eso estamos haciendo.

La anciana inclinó ligeramente la cabeza.

—No. No me entendéis.

El aire pareció enfriarse de golpe.

Clara sintió un nudo en el estómago.

—¿Qué quiere decir?

La mujer dio un paso más hacia la carretera. La luz del sol iluminó su rostro pálido.

—La casa está en silencio.

Una pausa.

—Pero lo que había dentro… necesitaba un lugar nuevo.

El corazón de Clara empezó a latir con fuerza.

—No…

Daniel sintió que las manos le sudaban sobre el volante.

—El ritual rompió el ciclo allí —continuó la anciana—. Pero algo tenía que llevarse.

El silencio cayó entre ellos como una losa.

Clara sintió que le faltaba el aire.

—¿Llevarse… qué?

La anciana los miró a ambos, uno por uno.

Y entonces sonrió.

Una sonrisa lenta.

Antigua.

—A vosotros.

El mundo pareció detenerse.

—Eso no es posible —dijo Daniel, con la voz tensa.

La mujer no discutió.

—Lo despertasteis. Lo movisteis de su sitio. Lo sacasteis de donde estaba atado.

Clara negó con la cabeza, sintiendo el pánico crecer dentro de ella.

—Lo dormimos. ¡Lo vimos!

—Lo dormisteis allí —corrigió la anciana, en voz baja—. Pero algo tenía que seguir alimentándolo.

Daniel apretó el volante con fuerza.

—No.

La mujer levantó una mano y señaló muy despacio hacia el interior del coche.

—Escuchad.

El silencio se hizo absoluto.

Clara contuvo la respiración.

Y entonces lo oyó.

Muy suave.

Muy débil.

Un rascado.

Daniel también lo oyó.

Venía de atrás.

Del maletero.

Clara giró la cabeza lentamente.

Nada.

Solo sus maletas.

El rascado volvió.

Más claro.

Como uñas sobre madera.

Como algo que intentara salir.

Clara sintió que el corazón le estallaba en el pecho.

—Daniel…

Él ya estaba arrancando.

El motor rugió.

—No mires atrás —dijo, con la voz quebrada.

El coche salió disparado por la carretera.

La anciana se quedó atrás, inmóvil, observándolos.

Cada vez más pequeña.

Hasta desaparecer entre los árboles.

Pero el rascado no desapareció.

Seguía allí.

Lento.

Constante.

Desde el maletero.

Clara se llevó las manos a la boca, temblando.

—No puede ser… no puede ser…

Daniel aceleró más.

La carretera se abría frente a ellos, larga, interminable.

—No va a alcanzarnos —dijo, como si intentara convencerse a sí mismo—. No va a salir de ahí.

El rascado se detuvo.

Silencio.

Por un instante, Clara pensó que había terminado.

Entonces, algo golpeó desde dentro del maletero.

Una vez.

Fuerte.

Daniel dio un volantazo instintivo.

—¡Dios!

El coche se tambaleó antes de recuperar el control.

Clara miró por el retrovisor.

Durante un segundo, juraría haber visto que el portón se hundía ligeramente hacia fuera.

Como si algo empujara desde dentro.

El golpe volvió.

Más fuerte.

Y esta vez, acompañando al golpe, llegó un susurro.

Muy bajo.

Muy cerca.

Como si alguien hablara justo detrás de su asiento.

Clara se quedó paralizada.

—Daniel…

Él no respondió.

Tenía los ojos clavados en la carretera.

—Daniel… está aquí.

El coche aceleró aún más.

Los árboles pasaban como sombras borrosas a ambos lados.

El susurro volvió.

Arrastrado.

Antiguo.

—Ya… estoy… con… vosotros…

Clara rompió a llorar.

Daniel apretó el volante hasta que le dolieron las manos.

No miraron atrás.

No frenaron.

Solo condujeron.

Cada vez más lejos del bosque.

Sin saber si estaban huyendo…

O si ya lo llevaban dentro.

El coche devoraba la carretera.

El motor rugía, forzado al límite, mientras los árboles se convertían en sombras alargadas que pasaban a toda velocidad a ambos lados. Daniel no levantaba el pie. Tenía los ojos abiertos de par en par, clavados al frente, como si mirar a otro lado fuera suficiente para perder el control.

El golpe desde el maletero volvió.

Más fuerte.

Luego otro.

Clara gritó.

—¡Está rompiendo algo!

El volante tembló en las manos de Daniel. El coche empezó a vibrar al entrar en una curva demasiado cerrada para la velocidad que llevaban.

—¡Aguanta! —murmuró, sin saber si se lo decía a Clara o a sí mismo.

Otro golpe.

Más cerca.

Como si algo ya no estuviera en el maletero.

Como si se hubiera arrastrado hacia delante.

Clara sintió el frío en la nuca.

Un aliento.

Detrás de su asiento.

Giró la cabeza por puro instinto.

Y en ese mismo segundo, Daniel perdió el control.

Las ruedas chirriaron.

El coche derrapó.

Un volantazo desesperado.

La cuneta apareció de golpe.

Y todo se volvió ruido.

Metal contra tierra.

Cristales estallando.

Un golpe seco.

Y después…

Silencio.

El coche quedó detenido de lado, medio hundido entre la maleza. El motor aún emitía un ronroneo débil antes de apagarse por completo.

Dentro, todo estaba quieto.

Clara yacía boca arriba, inmóvil, con los ojos abiertos, fijos en el cielo gris que se filtraba a través del parabrisas agrietado. Daniel, a su lado, tenía la cabeza ladeada, el rostro pálido, sin expresión.

No había movimiento.

No había respiración.

Solo el silencio de la carretera.

Minutos después, un coche que venía en sentido contrario redujo la velocidad al ver el accidente. Frenó bruscamente unos metros más adelante.

Un hombre y una mujer bajaron apresuradamente.

—¡Dios mío! —exclamó él, corriendo hacia el vehículo destrozado.

La mujer sacó el móvil, con las manos temblorosas.

—Llama a una ambulancia —dijo él, acercándose a la ventanilla rota.

Se inclinó para mirar dentro.

Y se quedó paralizado.

Los dos cuerpos estaban allí.

Inmóviles.

Con los ojos abiertos.

Vidriosos.

Como si aún estuvieran mirando algo que ya no estaba.

La mujer se acercó por el otro lado.

—¿Están…?

No terminó la frase.

En ese momento, algo cambió.

No fue un sonido.

Ni un movimiento.

Fue una sensación.

Un aire frío que salió del interior del coche, como si una puerta invisible se hubiera abierto de golpe.

El hombre dio un pequeño paso atrás, confuso.

—¿Has sentido eso?

La mujer asintió lentamente.

—Sí… como un escalofrío.

El silencio se hizo pesado alrededor del accidente.

Y entonces, muy despacio, algo que no podía verse abandonó el interior del coche destrozado.

Se movió sin forma.

Sin ruido.

Arrastrándose por el aire.

Buscando.

Hasta encontrar.

El hombre se llevó una mano al pecho de repente, como si algo lo hubiera atravesado. Jadeó, sin entender por qué.

—¿Estás bien? —preguntó la mujer, acercándose a él.

Él tardó un segundo en responder.

Luego asintió.

—Sí… solo… un mareo.

Pero sus ojos habían cambiado.

Muy ligeramente.

Algo oscuro había pasado por ellos.

Algo antiguo.

La mujer volvió a mirar hacia el coche siniestrado, con el ceño fruncido.

—Pobres… —murmuró.

El hombre también miró.

Y por un instante, sin saber por qué, sintió una extraña necesidad de acercarse más. De tocar el coche. De abrir la puerta.

Como si algo, desde dentro, lo llamara.

A lo lejos, se oyó la sirena de una ambulancia acercándose.

El viento se levantó suavemente sobre la carretera.

Y la historia, sin que nadie lo supiera, acababa de empezar de nuevo.

Fin.